P. Giacometti

MARIA ANTONIETA

REINA DE FRANCIA

Drama en seis actos

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

MARÍA ANTONIETA

MARÍA ANTONIETA

REINA DE FRANCIA

Drama histórico en cuatro actos, prólogo y epílogo

arreglado a nuestra escena por los señores

J. C. y E. V. V.

en vista del que escribió en italiano

P. GIACOMETTI





BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

A Doña Carlota de Mena

que con tanta maestria ha desempeñado en nuestra escena el difícil papel de María Antonieta, creado por la inmortal Ristori.

Sus agradecidos amigos.

LOS AUTORES DEL LIBRO

REPARTO

PERSONAJES	Años	ACTORES
MARÍA ANTONIETA, Reina de Francia	31	Sra. Mena
MADAME ISABEL	22	» Sala
PRINCESA DE LAMBALLE	38	» Monner
MADAME CAMPAN	34	» Morera
MADAME REAL	12	» Delhom
ROSALÍA		» Smit
LUIS XVI, Rey de Francia	32	Sr. Tutau
EL CONDE DE PROVENZA	31	» Fernández
MALESHERBES	65	» Cuello
MARQUÉS DE LAFAYETTE	29	» Nieto
CARLOS DE CALONNE	52	» Juncadella
BEAUMARCHAIS	54	» Llibre
SANTERRE	43	» Martí
DANTON	27	» Buxen
DUQUE DE BRISSACH	52	» Amich
CLERY		» Monner
SIMÓN		» Capdevila
VERGNIAUD		» Roca
EL DELFÍN	6	Niño Smit
EL MINISTRO GARAT		» Fernández
EL ABATE FIRMON		» Juncadella
LEBEAU		» Llibre
SANSON		
UN OFICIAL DE GENDARMES		
UN MUNICIPAL		
UN DESCAMISADO		

Nobles, Oficiales de todos los cuerpos, Diputados, Servidumbre de la Casa Real, Guardias de Corps y Guardias Nacionales, Comisarios, Municipales, Gendarmes, Soldados y pueblo de uno y otro sexo y todas edades.

NOTA.—Las edades se refieren a la fecha en que se supone la acción del Prólogo, que es en 1786.

El acto 1.º en 5 de octubre de 1789
El acto 2.º en 10 de agosto de 1792
El acto 3.º en 20 de enero de 1793
El acto 4.º en 21 de enero de 1793
El epílogo en 16 de octubre de 1793

En las compañías de poco personal, un mismo actor podrá desempeñar dos o más personajes, siempre que no sean los principales de la obra, lo que se deja al buen criterio de los directores.



PROLOGO

Salón de conversación en Versalles. A la derecha del actor, las habitaciones de la Reina. A la izquierda las del Rey. Dos puertas de entrada en el foro. En segundo término ventanas con grandes colgaduras. Cuadros, estatuas, jarrones de flores, muebles suntuosos, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

MALESHERBES sentado junto a una mesa llena de periódicos, que ojea distraídamente. Al otro lado de la mesa, en pie, el GENERAL LAFAYETTE.

LAFAYE. (Como continuando la conversación.) ¿Conque es decir que el señor ministro Malesherbes opina que no le ha gustado al Rey mi uniforme?

MALES. (Mirándole y sonriéndose.) Así parece, señor marqués de Lafayette.

LAFAYE. Podrá ser. Sin embargo, cuando a mi regreso de América, me presenté en Versalles vistiendo el uniforme de general de los Estados Unidos, fuí muy bien recibido en la Corte, interrogado, ensalzado...

MALES. Y desterrado.

LAFAYE. Justo: al castillo de Noailles, al lado de mi esposa, no saliendo de allí hasta que me llamaron para ponerme al frente del regimiento de los dragones reales. Después, como a todo nos acostumbramos en este mundo, ya no se dió ninguna impor-

tancia a mi medalla de la orden de Cincinato, ni al cinturón poco monárquico de mi espada.

MALES. (Mirándolo.) No lo había reparado. En efecto: un árbol de la libertad, un trono derribado y una corona hecha pedazos, no son símbolos muy a propósito para presentarse en la Corte. (Levantándose.) Bien que hoy todo es posible en Francia. ¡ Qué cosas pasan en estos tiempos ! Mientras nosotros, los filósofos, nos afanamos por encontrar la verdad, otros creen a pie juntillas en las comunicaciones de los hombres con los espíritus y en la infalibilidad de los sonámbulos. Háblase de la democracia en los palacios de la nobleza, de filosofía en los saraos, y de moral en los tocadores de las meretrices.

LAFAYE. Decís verdades como templos.

MALES. Los prelados vienen con la mitra bajo el sobaco a urdir intrigas ministeriales, los abates escriben novelas obscenas...

LAFAYE. Y las monjas las leen.

MALES. Los Benedictinos piden, no ya al Papa, sino a un rey mojigato, que les dispense el comer de vigilia y de vestir el hábito que les afea ; y a todo esto, Luis XVI, entretiene sus ocios en el pequeño Trianón disfrazándose de molinero.

LAFAYE. ¡ A las mil maravillas !

MALES. Todo esto aun es poco... ¿Sabéis lo que se va a representar esta noche en el pequeño Trianón de la Reina?

LAFAYE. ¡ Ah ! sí ; esa es otra : *Las bodas de Fígaro,* de Beaumarchais, esa comedia que ha revolucionado París.

MALES. La misma : esa terrible explosión de la opinión pública, tan audaz, tan cáustica. ¿Y sabéis quién representa en ella el papel de Rosina? La Reina.

LAFAYE. Sí, María Antonieta, a la cual los malévolos suponen ya caída.

MALES. ¡Desgraciadamente! ¿Y quién el papel del señor burlado por su propio criado? El conde de Artois, hermano del Rey, y Fígaro será el mismo Beaumarchais, ¡un relojero! ¡Si uno cree estar soñando!

LAFAYE. No hay para menos. Pero todo eso, en resumidas cuentas, significa que el filósofo Malesherbes tiene razón: que todos duermen y sueñan en vísperas de un terrible despertar, y que de este caos va a surgir un nuevo mundo.

MALES. (Tomándole la mano y gravemente.) ¿Quién pronunciará el *Fiat?*

LAFAYE. América lo ha pronunciado ya, y Francia ha oído su eco.

MALES. Podría ser.

ESCENA II

Los mismos, CARLOS DE CALONNE saliendo de la cámara de la Reina

MALES. ¿En dónde dejasteis a la Reina, señor de Calonne?

CALONNE En su biblioteca. ¿A qué no adivináis, señores, lo que está haciendo es este instante la augusta hija de María Teresa?

LAFAYE. Probablemente lo que después de la comida se dignan hacer los soberanos: la digestión.

CALONNE. La Reina de Francia está ensayando el papel de Rosina con Beaumarchais, que tiene la impertinencia de enseñárselo.

LAFAYE. ¡Habrá necio! ¡Enseñar a hacer comedias a las reinas!

MALES. Ya veréis en el Trianón, señor de Calonne.

CALONNE (Encogiéndose de hombros.) ¡Quién sabe!

LAFAYE. ¿No os gusta *Fígaro*, o es que os asusta?

CALONNE (Muy grave.) Me da asco.

LAFAYE ¡Oh!

CALONNE Apelo al ex ministro de Justicia, señor Malesherbes, que prohibió la representación de esa obra licenciosa y de màl gusto.

LAFAYE. Representada setenta y cuatro noches consecutivas en el Teatro Francés.

CALONNE Sí; después de dos prohibiciones, seguidas de una carta del buen Luis, que se había escandalizado de ellas: y de aquí que un relojero pueda atreverse a decirnos por boca de *Fígaro*: «¿qué habéis hecho, señores, para gozar de tantos privilegios? No más que tomaros la molestia de nacer.»

LAFAYE. (Sonriendo.) ¡Ah! la dificultad está en la respuesta. Pero entonces ¿por qué se ha concedido a *Fígaro* derecho de ciudadanía en el Trianón?

CALONNE Porque monseñor el conde de Provenza, que se afana por mostrarse popular y amigo de los literatos, ha logrado alucinar a su cuñada María Antonieta, que tan fácilmente se deja seducir por los cuñados... tratándose de comedias, música, juegos y fiestas.

LAFAYE. Pero el señor de Calonne podía, como ministro...

CALONNE ¿Disuadirla? ¿Despoetizarla? ¿Enturbiar con lágrimas sus bellos ojos? No, en mis días.

LAFAYE. ¡Cómo! ¿Llora la Reina?

CALONNE Sí; María Antonieta llora cuando se comete la imprudencia de contrariarla.

LAFAYE. Pero vos...

CALONNE Me guardaré muy bien de hacerlo: he escarmentado en cabeza ajena. Que os diga el señor Malesherbes lo que ganó en ello siendo ministro con Roberto Turgot.

MALES. A mi sentir, mucho; el retiro.

LAFAYE. Pero, en cambio, el ginebrino Nécker...

CALONNE Nécker no asistía a las tertulias de la Corte; era mejor que ministro un hacendista

que la espantaba continuamente, con el espectro del déficit y de la bancarrota.

MALES. ¡Ya! pero si el déficit existía...

CALONNE ¡Si lo sabré yo que lo he heredado! ¡Y que asciende a la friolera de quinientos cuarenta y ocho millones!

LAFAYE. Pero vos, que sois noble y sabéis encontrar dinero para comprar sitios reales, cuando la Reina os pide una cosa, le respondéis: «Si lo que vuestra majestad me pide es posible, ya está hecho; si es imposible, se hará.»

CALONNE ¿Es un elogio o una sátira, señor marqués?

LAFAYE. ¿Queréis que os lo diga con mi franqueza de republicano? Es un reproche.

CALONNE. ¡A mí un reproche!

LAFAYE. Perdonad: creo que el verdadero deber de hidalguía, es despertar a una joven y hermosa dama, dormida al borde de un precipicio cubierto de flores.

CALONNE Su majestad no se encuentra en este caso.

MALES. Sin embargo, amigo mío, puede que el general tenga razón; también yo pienso que si María Antonieta conociese el verdadero estado de la Hacienda, no derrocharía tesoros en las carreras de caballos, ni en apuestas y juegos de azar; horrible manía que se ha comunicado del palacio real al taller del artesano, secando las legítimas fuentes de la Industria: llevadla a donde el buen pueblo desfallece de inanición, a esos campos que a ella tanto le place visitar; haced que vea, como he visto yo, a esos escuálidos aldeanos que a falta de bueyes tiran del arado, y por falta de pan, comen avena, y el corazón de María Antonieta se conmoverá de seguro, como se conmovió el mío.

CALONNE ¿Y por qué no le hacéis observar vos todas estas cosas?

MALES. Yo no soy más que un ministro sin carte-

ra; y luego yo no puedo encontrarme nunca a solas con ella ni con el Rey.

CALONNE. Confío que la Asamblea de los Notables, que vamos a convocar como en tiempo de Richelieu, curará los males del Estado.

LAFAYE. Yo convocaría desde luego, una Asamblea nacional.

CALONNE. (Sorprendido e indignado.) ¡Cómo! ¿Os atreveríais a proponer la convocación de los Estados generales?

LAFAYE. Más todavía.

MALES. (Mirando hacia la derecha.) Silencio. La Reina.

ESCENA III

Dichos, MARÍA ANTONIETA, MADAME ISABEL, LA PRINCESA DE LAMBALLE (vestidas de Corte), EL DUQUE DE BRISSACH, (coronel de guardias), BEAUMARCHAIS y varios oficiales.)

(María Antonieta entra riendo y volviéndose hacia Beaumarchais, dice:)

MARÍA A. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Para poeta satírico me aduláis demasiado. (A Malesherbes y Lafayette.) Os presentamos al señor barón de Beaumarchais... (A Beaumarchais.) El señor de Malesherbes y el marqués de Lafayette, coronel de nuestros dragones reales. (Con intención.)

BEAUMAR. (Inclinándose.) Ya tenía el honor de conocer la firma del ministro Malesherbes. En cuanto al señor marqués de Lafayette, creo que nos hemos conocido en Virginia.

LAFAYE. No recuerdo...

BEAUMAR. Cuando menos habréis visto mis tres mil tarjetas de visita... quiero decir los tres mil fusiles que envié a los americanos.

LAFAYE. ¡Ah! Sí. Yo los he visto, y los ingleses los han sentido.

MARÍA A. (A Beaumarchais sentándose y riendo.) ¿Esas tenemos, señor de Beaumarchais?

BEAUMAR. Pecados veniales, señora. Espero que no se me imputarán como un delito más grave, como el de haber escrito el *Fígaro*.

MARÍA A. Y tenéis razón. Pues nosotros no sólo hemos enviado allí fusiles, sino hasta artillería y buques de guerra. (Mirando a Lafayette.) ¿No es verdad, señor coronel de los dragones reales?

ISABEL (Bajo a María Antonieta.) ¡Hermana, le mortificáis demasiado!

MARÍA A. (Me hace gracia.) Creo, señor duque de Brissach, que vos ibais también en uno de esos buques.

BRISSACH Sí, señora; y en compañía de muchos nobles. Allí derramamos nuestra sangre por la independencia de un pueblo generoso... pero hemos vuelto (Mirando a Lafayette.) franceses: adictos a la monarquía de Enrique IV y dispuestos a morir por el Rey, y por nuestra augusta soberana.

MARÍA A. (Mirando también a Lafayette.) No todos dirían quizás lo mismo. (Lafayette va a hablar y la Reina lo impide.) Pero no hablemos de política. De buena gana renunciaría a hacerlo para toda mi vida, por más que vayan diciendo por ahí... Decidlo vos, Isabel.

ISABEL (Con disgusto.) Una calumnia, señora. La extremada bondad y los tiernos sentimientos de mi hermano el Rey, han hecho que algunos hayan dado en decir que la Reina ejerce en su ánimo una influencia incontrastable, un dominio absoluto.

MARÍA A. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Yo, yo que tengo tanto horror a los asuntos de Estado y que cuando el bueno del señor de Nécker me obligaba a tratar de ellos me fastidiaba tan soberanamente, sin entender una palabra de lo que me decía. (Agitándose.) Lo que a mí me agrada, bien lo saben cuantos me conocen. Yo soy como las mariposas, como las golondrinas, ne-

cesito aire, libertad, flores... ¿no es así, mi querida princesa Lamballe?

LAMBALLE ¡Sí! Un alma expansiva y afectuosa como la de vuestra majestad, necesita los jardines de Saint-Cloud; el cortijo de los molineros de Trianón.

MARÍA A. Y la música... ¡oh la música! bajo aquellos perfumados bosquecillos que parecen diseñados por la mano de Gesner... las salidas de sol, los rosados crepúsculos, las noches estrelladas... y luego, aquí, en Versalles, las reuniones íntimas, que podríamos llamar de familia... el *Faraón*, que es el juego que a mí me gusta... el baile de máscaras con aquel movimiento, con aquella animación y aquel abandono que no se encuentran en otra parte... pero sobre todo... (Mirando en torno.) lo diré en voz baja para que no me oigan ciertas damas... sobre todo sin etiqueta. ¡Ah! la etiqueta de Versalles... permitidme que os lo diga, señores, me crispa los nervios. (Cambiando de tono.) Pero volvamos a hablar de nuestro famoso *Fígaro* de esta noche.

ISAB. Y LAMB. Sí, sí.

MARÍA A. (A Beaumarchais.) Paréceme, señor de Beaumarchais, que estaréis satisfecho del desquite que os concedemos en el Trianón.

BEAUMAR. ¡El desquite!

CALONNE Sí tal; recordad aquella altanera declaración que hicisteis a propósito nada menos que de un regio ordenamiento.

BEAUMAR. No la recuerdo...

CALONNE ¡No! Ante el público que llenaba el teatro, gritasteis: «Señores, *Las bodas de Fígaro* se representarán, mas que haya de ser en la Catedral de Nuestra Señora.»

BEAUMAR. Y fuí profeta. ¿Por ventura el Trianón no es el templo de Nuestra Señora? (Saludando a la Reina.)

MARÍA A. (Sonriendo.) ¡ Ah !

BEAUMAR. Espero que el señor ministro Malesherbes se persuadirá de la inocencia de *Fígaro*.

MALES. Nada de eso ; creo por el contrario que pesan sobre su alma setenta y cuatro pecados por las setenta y cuatro representaciones de vuestra famosa *Boda de Fígaro*, y esta del Trianón será el septuagésimo quinto, y el más mortal de todos.

BEAUMAR. Pues yo me permito creer que el triunfo del Trianón eclipsará el del Teatro Francés, y aseguro nuevamente a la regia actriz, que en el papel de condesa Rosina hará palidecer al astro de la señora de Saint-Val.

MARÍA A. ¡ Yo ! (Con una risa que oculta la complacencia del amor propio.) ¡ Queréis callar !

TODOS (Menos Malesherbes y Lafayette.) ¡ Oh, sí ! de seguro.

LAFAYE. (Bajo a Malesherbes.) (¡ Qué dóciles son los ecos en la Corte !)

MARÍA A. No, amigos ; no, señores ; no me aduléis como el señor de Beaumarchais. (Le mira sonriéndose.) ¡ Ah ! si fuera la Rosina del *Barbero de Sevilla*...

LAMBALLE ¡ Ah ! Aquella noche vuestra majestad estuvo inimitable.

MARÍA A. Recordad que entonces me ayudaba la música, y que la condesa Rosina no canta.

ISABEL No le hace, querida hermana : siempre brillaréis por la gracia, por el sentimiento, por...

MARÍA A. Vos sí que vais a hacer una amabilísima Susana. (A Lamballe.) Y vos, querida princesa, un adorable Querubín.

LAFAYE. Eso sí ; un hermoso paje que hará desesperar a las damas y delirar a los nobles.

MARÍA A. ¡ Cuidado, señor coronel de los dragones reales !

LAFAYE. (Dale con los dragones.)

LAMBALLE Ya lo veis, señor de Beaumarchais, todos aprenden de vos a adular.

BEAUMAR. Ruego a la señora Princesa que crea que no he venido a la Corte... para enseñarle ciertas cosas.

MALES. Alto, señor Beaumarchais, que también hay aduladores fuera de la Corte.

BRISSACH Como por ejemplo, en el Teatro Francés.

CALONNE Y también entre los filósofos; pongo por caso, el de Ferney, que sin venir a la Corte ha adulado al señor Beaumarchais.

MARÍA A. ¡Hola! ¿Qué ha dicho el señor de Voltaire?

CALONNE Ha dicho: «Beaumarchais, verdadero arlequín salvaje, que amedrenta a toda una patrulla de nobles.»

BEAUMAR. Hubiera hablado con más sinceridad, si hubiese dicho: «Verdadero noble que amedrenta a toda una patrulla de arlequines.»

MARÍA A. ¡Cómo! ¿Sois noble?

CALONNE A propósito: si vuestra majestad me lo permite, voy a pedir un favor al artífice: tened la bondad de examinar mi reloj de Ferney, que no anda muy bien. (Se lo presenta.)

BEAUMAR. Debo advertiros que me tiembla el pulso.

CALONNE No importa; tomad.

BEAUMAR. (Tomando el reloj y dejándolo caer.) Ya os lo había dicho. (Todos se miran con sorpresa. La Reina se cubre el rostro con el abanico para que no la vean reir; Beaumarchais recoge el reloj y lo devuelve a Calonne.) Va perfectamente.

MARÍA A. (Bajo a Isabel y Lambal.) (Yo no puedo más.)

ISABEL (Reprimíos.)

CALONNE Señor Beaumarchais, ese es un insulto del cual apelo a la Reina.

MARÍA A. (Levantándose y acabando por reirse a pesar de todos sus esfuerzos.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

CALONNE ¡Cómo! ¿Se ríe vuestra majestad?

MARÍA A. (Muy seria.) Señor de Calonne, cuando no se tiene mucho ingenio, no debe cometer-

se la imprudencia de provocar el de los demás.

BEAUMAR. Señora, vuestra majestad es muy buena; pero el señor de Calonne tiene razón. Yo no soy noble, ni cortesano, ni abate, ni favorito, ni agiotista... no soy nada, es decir; lo soy todo: soy ciudadano.

BRISSACH (Irónicamente.) Es un título de nuevo cuño.

LAFAYE. Que en Francia eclipsará los nuestros...

MARÍA A. ¿Lo cree así el señor coronel de los dragones reales?

LAFAYE. (Inclinándose como para salir.) Si vuestra majestad lo ordena, iré a preguntárselo.

MARÍA A. (Resentida.) Hablo con el señor marqués de Lafayette.

LAFAYE. Perdonad, señora; la observación del marqués de Lafayette bien claramente indicaba que en aquel momento, se consideraba general de una república aliada vuestra.

MARÍA A. Sí: los Estados Unidos son aliados nuestros; pero el señor duque de Brissach ha dicho que nuestros nobles habían vuelto franceses de la guerra de América.

BRISSACH (Recalcando.) Los verdaderos nobles.

LAFAYE. Os pido mil perdones. El republicano Lafayette ha hecho por Francia y por el Rey algo más que el duque de Brissach, coronel de la guardia real. Cuando recibió en su campamento la noticia de que los ingleses iban a invadir las fronteras de Francia, Lafayette escribió a Jorge Wáshington, que no le era lícito pelear un momento más por la libertad de un pueblo extranjero, cuando la patria reclamaba su brazo, y volvió para morir como francés y como caballero: pero el republicano había hecho algo más por la Reina.

MARÍA A. ¡Por mí! (La Reina vuelve a sentarse.)

LAFAYE. Sí; porque cuando lord Carlisle se atrevió a poner en duda la sinceridad de vuestras simpatías por la América, acusando

en nombre del ministro Pitt la hipocresía del gabinete de Versalles, yo le envié un cartel de desafío; y esta espada que el Congreso me había dado, la consagré a sostener en un duelo caballeresco el honor de la Reina.

MARÍA A. ¡Vos habéis hecho esto!

LAFAYE. (Hincando la rodilla.) Sí, señora.

MARÍA A. Sois un buen caballero; pero os ruego que cambiéis de divisa.

LAFAYE. Mi corazón latirá del mismo modo, sea cual fuere la enseña que lo cubra. (La Reina le da a besar la mano a Lafayette, con amable sonrisa.)

BEAUMAR. (¡Cáspita! Tendría que ver que el republicano se convirtiese en... virrey.)

ESCENA IV

Dichos y el CONDE DE PROVENZA

MARÍA A. ¿Qué pasa, conde de Provenza?

ISABEL Es verdad, parece que venís agitado.

LAMBALLE Nos asustáis, príncipe Estanislao.

PROVEN. Creed, hermosa María, que no es mi gusto asustar a los ángeles como vos... pero no puedo ocultar mi alarma. Acabo de ver entrar dos pájaros de mal agüero en el gabinete del Rey.

CALONNE ¿Pueden saberse sus nombres?

PROVEN. ¿No los adivináis? ¿Y vos tampoco, hermana? El duque de la Vauguyon, nuestro carísimo y fastidiosísimo preceptor... y el antiguo amigo del Delfín nuestro padre, el marqués de Muy, ex ministro, ex jesuíta... aquel que una noche — vos debéis recordarlo, señor de Beaumarchais — haciendo de cicerone al rey de Dinamarca, lo dejó plantado a la puerta del teatro, diciendo que no le permitían entrar allí sus principios religiosos.

BEAUMAR. ¡Santo varón!

PROVEN. Debo deciros, señor Beaumarchais, que yo soy de los que opinan que os pasáis de listo.

BEAUMAR. No tal: lo que hay es que tengo ganas de hacer fortuna...

PROVEN. Pues veo mal parado el negocio. Se conspira mucho contra vuestros deseos.

MARÍA A. ¡Cómo! ¿Supondríais acaso?

PROVEN. Que el Rey sería muy capaz de hacer una de las suyas... Y no sólo lo supongo, sino que me lo temo.

ISABEL ¿Qué queréis decir?

LAMBALLE Suspender la representación...

MARÍA A. ¿A esta hora?

PROVEN. (Encogiéndose de hombros.) ¡Psé!

BEAUMAR (¿A que duermo esta noche en la Bastilla?)

LAFAYE. No es posible.

BEAUMAR. No sería la primera vez.

MALES. ¿Por qué razón?

PROVEN. (Encogiéndose nuevamente de hombros.) ¡Ah!

BRISSACH Ahora ya sería tarde.

CALONNE Más vale tarde que nunca.

MARÍA A. Pues sería una gran imprudencia.

PROVEN. Por mi parte lo sentiría en el alma. Todos saben que yo he aconsejado la representación de *Fígaro* en el Trianón, no sólo como Mecenas de ese pobre Horacio, sino también para popularizar la Corte... Pero si el Rey no quiere que lo hagan popular, la monarquía, privada de ayuda moral, acabará por perderse... ya estoy cansado de repetirlo... (A la Reina.) Vos, hermana, conocéis mejor que yo el carácter bondadoso y vacilante del Rey... y sabéis también quién es La Vauguyon.

MARÍA A. Sí.

PROVEN. Quién es de Muy... Todo es de temer... y creed que sería una gran falta. Ahora que frecuentaban el Trianón la flor de la nobleza, periodistas, poetas, literatos... y la

primera vez que se permite entrar en su encantadores bosquecillos a los que n pertenecen a la familia real, salir con... No, vamos; una suspensión ahora, serí un verdadero escándalo.

MARÍA A. ¡Dios mío!

ISABEL Entonces...

PROVEN. Entonces quiere decir que para conjura la tempestad es preciso darse prisa, par tir... (A la Reina.) Las carrozas están prepa radas... ya he enviado a llamar a vuestra damas y camaristas; y madame Bertin y vuestro peluquero Leonard os están espe rando... Mi hermano, el conde de Artois ya se está poniendo su magnífico traje d Almaviva... (A Beaumarchais.) Os recomien do, señor Fígaro, que no le canséis tanto

BEAUMAR. No temáis, monseñor.

MARÍA A. (Contenta.) Vamos pues... ¿No vendréis general Lafayette?

LAFAYE. ¡Cómo no, señora!

BEAUMAR. (A Lafayette.) (General, Roberto de Essex murió decapitado.) (Lafayette se encoge d hombros.)

MARÍA A. Ea, en marcha pues, Susana; en marcha, Qerubín... al Trianón. (Toma la mano que le ofrece Provenza y todos hacen ademán de salir.)

ESCENA V

Dichos, CLERY y LUIS XVI

CLERY (Por la izquierda.) ¡El Rey!

TODOS ¡Ah! (Deteniéndose con sorpresa.)

MARÍA A. ¡El Rey!

LUIS (Con muestras de la agitación que le acaba de produci la entrevista referida por Provenza.) Señores, dejadme unos momentos con la Reina.

MARÍA A. Señor, nos están esperando en el Trianón.

LUIS Tiempo queda. (A los demás.) Id, señores...

y que ninguno de vosotros, ninguno de la Corte vaya al Trianón antes de haber partido la Reina.

'ROVEN. (Mirando a la Reina.) (¡Me lo figuré!) (Al Rey.) Con todo, señor...

.UIS Con todo, rogamos a nuestro querido hermano que tenga a bien obedecernos... siquiera por esta vez. (Todos se inclinan y salen.)

'ROVEN. (A María Antonieta.) (Si acaso... resistid.)

ESCENA VI

LUIS y MARÍA ANTONIETA

IARÍA A. Señor, parece que estáis inquieto.

.UIS Y lo estoy en efecto. He de pediros un favor.

IARÍA A. (Sorprendida.) ¡El Rey de Francia, pedirme un favor a mí!

.UIS No el Rey, sino el amigo.

IARÍA A. (Con amabilidad.) ¿Qué me quiere, pues, el amigo?

.UIS (Con vacilación.) Que no vayáis esta noche al Trianón.

IARÍA A. (Contrariada.) ¡Cómo! ¡Suspender la representación ahora! ¿No recuerda vuestra majestad lo que sucedió en el Teatro de la Opera?

.UIS El Teatro de la Opera no es el pequeño Trianón de la Reina. (Viendo que María Antonieta se agita.) Sosegaos, señora, y escuchadme. (Se sienta y también la Reina procurando calmarse.) Ya sabéis que siempre he visto con disgusto esa clase de pasatiempos, porque me recuerda que una vez un simple hidalgo se deshonró, sólo por haberse transformado en cómico, en un escondido rincón de su casa.

IARÍA A. Pues yo en cambio recuerdo, señor, que uno de vuestros gloriosos antepasados,

Luis XIV, que era algo más que un simple hidalgo, una de vuestras abuelas, la duquesa de Borgoña, su esposo el Delfín y los príncipes de la sangre, se transformaban muy a menudo en cómicos, en las habitaciones de Madame de Maintenon, la cual, como sabéis, confesaba y comulgaba todas las semanas juntamente con el Rey. No se dirá que yo he traído estas costumbres de Viena, como se ha dicho de otras que los franceses no quieren perdonarme.

LUIS ¡Ah! Los buenos tiempos de Luis XIV no son los nuestros, amiga mía. Entonces el Rey decía: *El Estado soy yo*, y ahora dice el Estado: *Yo soy el Rey*. ¿Quién se hubiera atrevido entonces a investigar los secretos del tálamo Real, o buscar la mujer en la Reina? ¡Oh! creedme, si estoy inquieto no es por mí; sino por vos.

MARÍA A. ¿Por mí?

LUIS Sí, señora. Mientras se hicieron las representaciones entre nosotros, sin público... pero ahora, esta noche... (Pausa.) ¿Fué nuestro hermano, el conde de Provenza, quien se encargó de las invitaciones?

MARÍA A. Sí.

LUIS (Suspirando y después de una pausa.) ¿Le creéis sincero?

MARÍA A. Nunca me he permitido dudar de la sinceridad de vuestro hermano. Siempre le creí un amigo leal de la Reina.

LUIS (Mirándola fijamente.) Sí; mientras la Reina no fué la madre del Delfín.

MARÍA A. (Disgustada.) Señor. Hay cosas que no son para sabidas. Pero entonces, ¿por qué permitió vuestra majestad que representase *Fígaro?*

LUIS (Con agitación.) Porque... porque en *Fígaro,* que al fin y al cabo dista mucho de ser una obra maestra, por más que diga el Au-

gusto de Versalles, nuestro querido hermano, se había hecho tan de moda; porque hasta vos, señora, entrasteis en la conspiración para arrancarme aquel fatal consentimiento.

MARÍA A. ¿En la conspiración? Sea; no lo niego; pero perdonad, señor, no ya por el capricho de representar una comedia más, pues no quisiera que vuestra majestad me creyese más frívola de lo que soy; sino para neutralizar de este modo una ordenación vuestra que se calificaba de acto tiránico. Recordad que el pueblo estuvo en un tris de convertir en escenario el mismísimo coro de Nuestra Señora. Vos habíais vedado a la comedia el honor de la representación; pero dejando que el autor gozase de la popularidad de Voltaire, quien tuvo la complacencia de recibir en su casa a todo París después de la representación de *Mahoma*, porque vos no os dignasteis recibirle en la Corte. Ahora haréis suspender por segunda vez la representación de *Fígaro*, y mañana Beaumarchais será llevado en triunfo.

LUIS ¡Puede! (Levántase y paséase con agitación.) ¡Ah! si supieseis, señora...

MARÍA A. No sé; pero adivino, y hasta podría repetiros lo que os acaban de decir el duque de La Vauguyon y el señor de Muy.

LUIS No; os aseguro que si lo supieseis no estaríais tan tranquila.

MARÍA A. ¿Y qué cosas tan terribles fueron, pues, esas que os han dicho?

LUIS Me han informado de los malévolos rumores que se van esparciendo sobre la representación de *Fígaro*.

MARÍA A. (Con amargura.) ¡Oh! Tan pronto.

LUIS Me han traído... una sátira.

MARÍA A. Eso no es nuevo. Si al menos fuese más ingeniosa que las otras...

LUIS No; pero en cambio es más venenosa.

MARÍA A. Crea vuestra majestad que yo llevo conmigo siempre el contraveneno.

LUIS (Con incredulidad.) ¿Y cuál es?

MARÍA A. El desprecio. (Pausa.) ¿Queréis hacerme el favor de enseñármela?

LUIS La he rasgado, como acostumbro, sin acabar de leerla. Pero no puedo rasgar las que a estas horas circulan por París, y que de seguro son ávidamente leídas.

MARÍA A. (Se cubre los ojos con el pañuelo y prorrumpe en una risa amarga y nerviosa.) ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

LUIS (Sorprendido.) ¿Reís?

MARÍA A. ¡Sí!... ¡Río!... (Mas no como poco ha.) (Con dolor.)

LUIS Sin embargo, señora, si no se quiere respetar la opinión pública, al menos hay que temerla.

MARÍA A. Ya la temía, señor. Los primeros tiros de la calumnia me hicieron derramar muchas lágrimas; pero ahora estoy ya tan acostumbrada a ellos, que me causan risa en vez de pena.

LUIS Sin embargo...

MARÍA A. ¿Y cómo he de hacerlo para imponer respeto a la calumnia? ¿Qué partido debo tomar para desarmarla? Indicádmelo, amigo mío, porque ya los he probado todos. He querido poner coto a los excesos de lujo, prefiriendo las muselinas a las sedas y a los terciopelos, y me acusaron de haber arruinado las fábricas de Lyón. Entonces me propuse restaurar las industrias y las manufacturas nacionales, cambiando a menudo de traje y de moda, y como todos dieron en imitar el fausto de la Corte, me maldijeron diciendo que empobrecía las familias y el Estado. Si me complazco en las grandes reuniones, los espectáculos y los saraos, me tildan de sensual. Si vuelvo a mis retiros campestres y a mi grata soledad, dicen que lo hago para entregarme en secreto a crimina-

les amores. ¿Me apasiono por las carreras de caballos, por las apuestas, por los juegos? ¡Soy inglesa! ¿Acojo en mi mesa, al estilo de mi madre, a los nobles más ilustres, sencillamente vestida de negro? ¡Soy tudesca! Ya comprenderéis, señor, que cuando de tal manera se juzgan las cosas, no queda más que un remedio: el absoluto desprecio de la opinión pública. Esta noche me permitiréis representar el papel de Rosina y hacerme aplaudir al menos como se aplaude a la señorita Saint-Val; de lo contrario sería peor. Dirían que he inclinado mi regia frente bajo el soplo de la calumnia... ¡No! Han de saber que María Antonieta no la teme, la desafía.

LUIS — Yo que os conozco, señora, no puedo condenaros. Admiro vuestro valor, deseando que no tengáis que arrepentiros... Sólo os ruego, que no os adornéis en el teatro con ese collar. (Señalando el collar de brillantes que lleva la Reina.)

MARÍA A. — ¡Ah! ¿Tal vez porque se sabe es un regalo de mi hermano el emperador José?

LUIS — (Vacilando.) No... Temo que recuerde un hecho...

MARÍA A. — ¡Ah! ¡Una infamia! El collar del joyero Bohemer que decían comprado secretamente para mí por aquel vil cardenal de Rohán, añadiéndose que yo le había concedido en recompensa una cita nocturna en el parque de Versalles. Nunca hubiera imaginado, señor, que vos hubieseis de recordarme tales cosas.

LUIS — Media una circunstancia...

MARÍA A. — ¿Relacionada con la sátira?

LUIS — (Con resolución.) En una palabra: deseo alejar de vos hasta la apariencia de la culpa. (A un movimiento que hace María Antonieta para quitarse el collar.) Basta... (Acércase a la Reina, le

tiende la mano y le dice muy conmovido.) ¡ Pobre María Antonieta !

MARÍA A. Gracias, Luis. Permitid. (Toca el timbre y aparece Clery por el foro.) Clery, llamad a todos esos señores. (Vase Clery.)

LUIS Y yo me retiro.

MARÍA A. (Sorprendida.) ¿No vendréis al Trianón?

LUIS (Con incertidumbre.) Señora...

MARÍA A. ¿Querríais autorizar la calumnia con vuestra ausencia?

LUIS (Tendiéndole la mano.) Iré... más tarde... os lo prometo. (Vase el Rey.)

MARÍA A. ¡ Oh ! El collar. (Lo contempla y va a llorar, cuando al oir pasos se repone fingiendo alegría.)

ESCENA VII

MARÍA ANTONIETA y todos los personajes que habían salido al entrar el Rey

PROVEN. (Con interés.) ¿Qué ha resultado?

MARÍA A. Que podemos ir muy tranquilamente a representar *Las bodas de Fígaro.*

BEAUMAR. (Vaya, no duermo en la Bastilla.)

CALONNE (Empieza el reinado de María Antonieta.)

ISABEL (A la Reina.) ¿Pero el Rey no viene?

MARÍA A. (Nerviosamente.) Sí... más tarde... es natural que nosotros nos adelantemos. ¡ Ah ! Esta noche me propongo lucir una *toilette* monstruo. Habéis de saber, señor Beaumarchais, que me siento inspirada... exaltada... ¡ Ah ! esta vez podría ser que fueseis profeta.

BEAUMAR. Lo soy siempre.

MARÍA A. Puede que el astro de la señorita de Saint-Val se eclipse en el Trianón... Tengo sed de aplausos... y luego, para después de la representación, os anuncio, señores, una suntuosa cena, aun a riesgo de que digan mañana que *Las bodas de Fígaro* han terminado con una orgía.

PROVEN. (Eso por de contado.)
ISABEL ¡Cómo, hermana!
LAMBALLE ¿Qué dice vuestra majestad?
MARÍA A. (Riendo.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Es una broma... somos los cómicos del Rey... En marcha... al Trianón. (Sale rápidamente y muy alegre, todos la siguen: a Beaumarchais, que tambien va a salir, le detiene Lafayette, y le dice.)
LAFAYE. Se me figura que vuestro *Fígaro* va a ser el prólogo de un gran drama.
BEAUMAR. (Con intención.) O de una gran tragedia.
LAFAYE. ¿Tragedia decís?
BEAUMAR. ¡Pardiez! claro... ¡La Revolución!
LAFAYE. (Mirando en torno con recelo.) ¡Pst!
BEAUMAR. ¡Vamos! (Salen precipitadamente.)

TELÓN

FIN DEL PRÓLOGO



ACTO PRIMERO

Sala en el palacio de Versalles, con una gran galería abierta en el fondo a la cual se sube por una escalinata de mármol y allende la cual se ven los copudos árboles del Parque. Frescos y cuadros históricos, y entre éstos, a la derecha, el retrato de Carlos I de Inglaterra, por Van-Dyck.

ESCENA PRIMERA

MARÍA ANTONIETA sentada en un sillón junto a una mesa cubierta de libros y con recado de escribir. MADAME REAL escribiendo. EL DELFÍN arrodillado sobre un almohadón a los pies de la Reina. MADAME CAMPAN en segundo término, leyendo.

DELFÍN (Con los codos apoyados en las rodillas de la Reina y las manos cruzadas bajo la barba.) ¿Digo bien, señora?

MARÍA A. (Acariciando su rubia cabellera.) Muy bien, señor Delfín. Mas ¿por qué habéis querido dar la lección de rodillas?

DELFÍN Porque así os veo mejor.

MARÍA A. ¿Tanto os gusta mirarme?

DELFÍN ¡Oh! mucho, señora... No me da tanto gusto oirme llamar Delfín.

MARÍA A. ¡Ah! ¿Por qué?

DELFÍN Porque si aun me titulase príncipe de Normandía, mi hermano el Delfín no habría muerto, y vos, señora, no habríais llorado tanto.

MARÍA A. (Abrazándole enternecida.) ¡ Hijo mío ! ¡ qué bueno sois ! (Se enjuga los ojos. Después de una pausa vuélvese hacia su hija.) ¿Y madame Real, ha concluído?

M. REAL Sí, señora. (Levántase y presenta a la Reina el papel que estaba escribiendo.)

MARÍA A. (Leyendo por lo bajo con muestras de complacencia, mientras el Delfín hace señas a su hermana.) ¡ Muy bien, mi querida María Teresa !... Para vuestra edad, es realmente notable. ¡ Mirad, madame Campan !...

M. CAMP. (Mirando el papel.) Gran maestra es vuestra majestad, señora.

MARÍA A. (A sus hijos.) ¿Os parece si soy buena institutriz? Tal vez un poco más que la duquesa de Polignac.

M. REAL ¡ Mucho más !

DELFÍN ¡ Mucho más !

M. CAMP. (Dejando el papel sobre la mesa.) Madame Real adelanta mucho.

MARÍA A. ¿Verdad que sí? (A sus hijos.) ¿Así, pues, no sentís ya que tan cruelmente nos haya abandonado la Duquesa? (El Delfín hace seña a su hermana para que diga que no. La Reina lo advierte y se sonríe.)

M. REAL Sí, lo siento un poco... mas debo confesaros que sentí mucho más la partida de la princesa de Lamballe.

MARÍA A. La princesa es un ángel. ¡ Oh ! si hubiese estado con nosotros el 14 de julio, cuando destruída la Bastilla por el pueblo de París amotinado, el Rey hubo de quedarse solo, inerme, en palacio, dejándonos aquí sumidos en el dolor... ¡ Oh ! decid, Campan, ¿creéis que la Lamballe habría sido capaz de huir al día siguiente de tan horribles sucesos, como lo han hecho los Polignac, los príncipes de Borbón, los Condé y nuestro propio hermano el conde de Artois?

M. CAMP. ¡ Oh ! no, señora, la princesa no habría partido.

MARÍA A. Volverá, no lo dudo. (El Delfín continúa haciendo señas a madame Real. La Reina la nota.) Decid, Delfín ¿qué significan esas señas que estáis haciendo rato ha a vuestra hermana?

M. REAL Que también nosotros conspiramos, señora, para hacer nuestra revolución.

MARÍA A. ¡Hola! ¿Y contra quién?

DELFÍN (A su hermana.) Anda, dilo.

M. REAL La señora duquesa de Polignac nos enseñaba cosas muy buenas... Sólo había una que nos disgustaba, y era el tener que llamaros siempre... señora.

MARÍA A. (Sorprendida y suspirando.) Ya sabéis que así lo exige la etiqueta de la Corte.

M. REAL ¡Qué fastidiosa es la etiqueta! Entonces los hijos de los pobres son más felices que nosotros.

MARÍA A. Vamos a ver ¿cómo querríais llamarme?

M. REAL Y DELF. ¡Mamá!

M. CAMP. ¡Pobrecitos!

MARÍA A. (Enjugándose los ojos.) ¡Ah! querida Campan, sois mucho más dichosa que yo.

M. CAMP. Puede que sí, señora.

MARÍA A. Sea: lo haremos así. Cuando me encontréis sola o con alguna amiga íntima como la señora Campan, no me tratéis como a Reina; ya os permito que me llaméis...

DELFÍN Y M. REAL (Abrazándola estrechamente.) ¡Mamá! ¡mamá!

ESCENA II

Dichos y MADAME ISABEL

ISABEL (Sorprendida.) ¿Qué pasa?

MARÍA A. No es nada, hermana; es que mis hijos se empeñan en darme un tratamiento algo más dulce que el de Reina de Francia.

M. REAL (A Isabel.) ¿Y vos, señora, nos permitiréis que os demos alguna vez el de tía?

DELFÍN Sí, ¿es verdad?

ISABEL ¿Y por qué no había de permitiros lo que ya os ha concedido vuestra madre?

DELFÍN Y M. REAL (Besándole la mano con alborozo.) ¡Querida tía! (Vuelven hacia la Reina.)

ISABEL (Contemplándoles.) (¡Son dos ángeles!)

M. REAL (A la Reina.) Señora...

DELFÍN (Interrumpiéndola.) Dí, mamá.

M. REAL El Delfín y yo desearíamos ir un rato a la galería para jugar al volante.

MARÍA A. (Volviéndose y con disgusto.) ¿A aquella? No. Prefiero...

DELFÍN (Con mimo.) ¿Por qué, seño... mamá? (Dando con el pie en el suelo.)

MARÍA A. Id: Madame Campan, acompañadles.

M. CAMP. (Aparte a la Reina.) (Perded cuidado, señora.)

(Madame Real y el Delfín besan la mano a la Reina, que los abraza tiernamente y a madame Isabel: luego cogen la pala y el plumero y salen a la galería con madame Campan.)

MARÍA A. ¡Ah! Esa galería es de mal agüero para mí: por esto me veis tan inquieta.

ISABEL ¿De mal agüero? ¿Os habríais vuelto supersticiosa, hermana mía?

MARÍA A. Dicen que así suele hacerlo el dolor. ¡Ah, hermana! ya queda muy poco de la María Antonieta de antes. Desde aquella fatal representación, desde aquel festín nocturno, me he transformado completamente, como se han transformado todas las cosas en Versalles y en París. ¡Y pensar que sólo han transcurrido desde entonces tres años! No sé si os acordaréis del nacimiento del primer Delfín.

ISABEL ¿Cómo podría haber olvidado vuestra hermana aquel día, que fué el más hermoso para vos, para el Rey, y para todos los franceses?

MARÍA A. Es verdad. Entonces me amaban, me cubrían de flores, me bendecían... Sin em-

bargo, hubo una circunstancia singular en aquellos días, un presagio funesto, mortal.

ISABEL ¿Mortal?

MARÍA A. Y que se ha realizado. Vos tal vez no lo advertisteis, o lo habréis olvidado; pero yo no. Al celebrarse la ceremonia del bautizo, todas las corporaciones de París enviaron comisiones a Versalles muy lujosamente vestidas y llevando los emblemas de sus artes y oficios: las pescaderas habían acudido a miles.

ISABEL Lo recuerdo muy bien, como no he olvidado tampoco sus amables canciones y sus cestillos de flores.

MARÍA A. Sí ;pero entre aquella multitud tan alegre, iban mezclados, Dios sabe cómo, los sepultureros con sus fúnebres emblemas.

ISABEL Sí, recuerdo en efecto que al notarlo la princesa Sofía, ordenó inmediatamente que se retiraran del cortejo.

MARÍA A. Ya era tarde; porque yo, desde mi lecho cubierto de guirnaldas y de bendiciones, los había visto desfilar con indecible espanto. ¿Sabéis lo que significaba su aparición? La tisis secreta, roedora, que llevó al sepulcro al pobre niño. Mucho me temo que aun no se haya realizado por completo ese infausto presagio, y tiemblo por el otro. (Volviendo los ojos hacia la galería.)

ISABEL Desechad tan tristes ideas y volved a ser María Antonieta.

MARÍA A. Sí; pero no la María Antonieta de otros días, sino la hija de María Teresa. Mientras se combatió a la mujer y a la Reina, pude doblar la cabeza con resignación. Hoy se ataca abiertamente al Rey, a la monarquía, y por consiguiente al Delfín... debo luchar... y lucharé.

ISABEL Ya se ve. El Rey, mi hermano, es tan bondadoso...

MARÍA A. (Suspirando.) ¡Demasiado!

ISABEL Sin embargo... (Oyese tambores. María Antonieta vuélvese hacia la galería.)

MARÍA A. ¡ Ah !

M. REAL ¡ El Rey ! ¡ el Rey !

DELFÍN (Echándole besos.) ¡ Viva el Rey !

MARÍA A. (Sorprendida.) ¡ Tan pronto !

M. REAL (Corriendo hacia su madre.) ¿Consentís que vayamos a recibirle?

MARÍA A. Sí, hijos míos.

DELFÍN (Corriendo.) Yo le veré antes que mi hermana.

MARÍA A. Campan... (Señalándole que siga a sus hijos.)

M. CAMP. Voy, señora. (Siguiéndoles apresuradamente.)

ISABEL ¡ Cómo hermana ! ¿Os disgusta que haya vuelto el Rey antes de lo acostumbrado?

MARÍA A. No me disgusta : me sorprende. ¡ Qué queréis ! hoy es un día de tristes presentimientos para mí... Tengo miedo.

ESCENA III

Dichas y LUIS. (Entra en traje de caza y bastante turbado.)

ISABEL Bien venido, hermano.

LUIS (Dándole la mano.) Gracias, Isabel. ¿Y la Reina, no me dice otro tanto?

MARÍA A. Oh, sí ; sólo que no viendo venir en vuestra compañía a madame Real y al Delfín...

LUIS Están esperando con la Campan que baje mi hermana para dar un paseo en coche por el parque.

ISABEL Voy al momento. (Estáis turbado.) (Bajo a Luis.)

LUIS (No.) (Disimulando.)

ISABEL (Acercándose a María Antonieta.) Animo, hermana.

MARÍA A. No te apartes de mis hijos. (Vase Isabel. Luis se sienta sin ocultar su inquietud. María Antonieta observándole.) Señor, ¡ otras veces os ví volver más alegre de la caza !

LUIS ¡Otras veces!... pero hoy vuelvo antes de tiempo y bastante alarmado por la imprudencia que cometisteis estas noches pasadas...

MARÍA A. ¿Imprudencia, señor?

LUIS Ya comprenderéis que me refiero a la cena a que asististeis con el Delfín.

MARÍA A. Señor, fué un acto inspirado por el corazón.

LUIS Hay que recelarse de esas inspiraciones.

MARÍA A. Perdonad, señor. Yo pensaba que cuando en París se conspira contra la monarquía, ésta tiene el derecho de conspirar en Versalles contra la revolución.

LUIS ¡El derecho! Tenemos muchos: lo difícil es que nos permitan ejercerlos.

MARÍA A. Creo que ha llegado el momento de recobrar lo perdido.

LUIS (Con amargura.) ¡Recobrar! ¡Bien decís, señora, y Dios quiera que no nos arrebaten lo poco que nos queda!

MARÍA A. En fin, señor: al obrar como lo hice, recordé a mi madre. Cercada de enemigos en el interior, y amenazada por grandes ejércitos en las fronteras, corrió a Hungría, reunió una dieta en Presburgo y compareció ante ella con mi hermano José, que hoy ocupa el trono, y dijo: «Atacada, perseguida por innumerables enemigos y abandonada por los míos, no me queda otro refugio que vuestro valor y vuestra fidelidad: a vosotros fío el hijo de nuestros Reyes.» Yo repetí esas palabras en la sala del convite, y como los nobles Magyares que desenvainando la espada habían respondido: «moriremos por nuestro Rey,» aquellos nobles hidalgos exclamaron: «moriremos por el Rey y por la madre del Delfín.»

LUIS María Teresa se había presentado a una dieta de Magyares y no en un banquete de jóvenes oficiales... luego... tened pre-

sente una cosa, y es que convendría no acordarse tanto de Viena, cuando se es Reina de Francia.

MARÍA A. (Resentida.) Señor: ¿seréis también de los que me llaman la austriaca?

LUIS Para mí sois la fiel esposa de Luis XVI: la madre del Delfín... Os amo y por esto tiemblo por vos.

MARÍA A. ¡Sois asustadizo!

LUIS Bien sabéis que no sin razón me asustaban aquellas *Bodas de Fígaro,* que os costaron lágrimas amargas y que os recuerda tan a menudo el *Amigo del Pueblo,* ese periódico del sanguinario Marat. Por vos temo, señora, no por mí.

MARÍA A. (Reprimiendo las lágrimas.) ¡Gracias!

ESCENA IV

Dichos, CLERY y MALESHERBES

CLERY (Anunciando.) El señor de Malesherbes.

MALES. Señor... Señora...

LUIS Querido Malesherbes: os hemos llamado porque estamos persuadidos de que sois nuestro mejor amigo.

MALES. El Rey me hace justicia.

LUIS Sentaos. (Se sientan.) Estamos resueltos a deshacernos por segunda vez del señor Nécker.

MALES. ¡Qué decís, señor!

LUIS Su política, de modo alguno puede convenir a nuestros intereses.

MALES. ¿Por qué, señor?

LUIS Porque con todas sus reformas y teorías, no hace más que alentar las pretensiones de la revolución.

MALES. Perdonad, pero juzgo muy peligrosa su sustitución.

LUIS ¿Peligrosa?

MALES. Recordad, señor, que cuando Turgot sa-

lió del ministerio, Voltaire le hizo popular con aquellas memorables palabras...

LUIS — Voltaire ha muerto, y por cierto que no creo que esté en el paraíso.

MALES. — Es verdad; pero en cambio tenemos en París a vuestro primo Felipe de Orleáns, Gran Oriente de los masones, y podría suceder que si destituyeseis a Nécker, su busto y el de vuestro primo fuesen llevados en triunfo.

LUIS — ¿A tal extremo hemos llegado que la desgracia del Rey, señala el triunfo de los ministros?

MARÍA A. — (Levantándose con despecho.) Ya no sé lo que nos queda por ver.

LUIS — ¡Oh! mucho, señora: mucho. (Pausa.) Oíd, Malesherbes: el respeto que inspiráis a todos los partidos, aseguraría la popularidad a un ministerio presidido por vos, y el Rey os da el encargo de formarlo.

MALES. — Señor... yo... ya lo he ensayado y bien sabéis que fué con muy poca fortnua. Por esto me he retirado enteramente de la política, para dedicarme por completo a la ciencia. Señor, no desoigáis el consejo de un leal amigo; conservad a Nécker.

LUIS — ¡Nécker! Que ha convocado los Estados Generales sin ser capaz de reprimir sus excesos, ni de apagar la demoledora voz de Mirabeau; Nécker, que ha dado ocasión a Lafayette para proclamar los derechos del hombre y exigir la responsabilidad de los ministros; Nécker, que osa proponer la Constitución inglesa: Nécker, a cuya impericia se debe que la autoridad del Rey de Francia quedase reducida a la de Rey de la Corte. Nécker... nunca... jamás.

MALES. — (Respetuosamente.) Bien veo, señor, que hoy como ayer, mis leales consejos serían de todo punto ineficaces. Puede que se equi-

voque mi experiencia; pero soy de los que creen que el despotismo no puede existir ni en Francia ni en otra parte, porque es impotente para detener la erupción del volcán cuyas primeras chispas os asombran. Ved si no; los teatros se cierran, los talleres quedan desiertos; la muchedumbre se echa a la calle; Lafayette se pone al frente de la guardia nacional; a la bandera blanca del Rey añade los colores azul y carmesí de la ciudad de París, y exclama: «esta bandera dará la vuelta al mundo,» y al día siguiente el pueblo amotinado destruye la Bastilla.

LUIS (Levantándose muy agitado.) Basta, señor de Malesherbes, ¿cuándo nos volveremos a ver?

MALES. Cuando vuestra majestad necesite más de un amigo, que de un ministro.

LUIS (Tendiéndole la mano y suspirando.) ¡Dios quiera que no sea muy pronto! (Vase Malesherbes.)

ESCENA V

LUIS y MARÍA ANTONIETA

MARÍA A. (Levantando la cabeza después de una pausa.) Y bien, señor... ¿continuará el ministerio Nécker?

LUIS No, señora. En primer lugar porque Nécker no es católico, y luego... porque ya sabéis que con el señor de Nécker no podemos entendernos.

ESCENA VI

Dichos y MONSEÑOR DE PROVENZA

PROVEN. (Entrando con ademán irritado.) ¡Ay del autor de semejante insulto!

LUIS ¿Qué pasa, monseñor?

PROVEN. ¡Una infamia!

LUIS ¡No será la primera! ¿Y en qué consiste esta nueva infamia?

PROVEN. Al volver de la caza entré en mi biblioteca, y al abrir los periódicos ¿qué diríais que he encontrado juntamente con el *Amigo del Rey? El amigo del Pueblo,* de Marat.

LUIS ¡Oh! (Luis y María Antonieta cambian una mirada.)

PROVEN. ¿Quién lo ha puesto allí? Es un misterio... En mi biblioteca sólo entran mis secretarios y mi ayuda de cámara, cuya lealtad...

LUIS (Mirándole de hito en hito.) ¡Ah, monseñor! Hay mucha hipocresía en la Corte... (Viendo que Provenza lleva un periódico.) Pero si no me engaño traéis en la mano el *Amigo del Pueblo.* ¡Cómo, príncipe! ¿No teméis ensuciaros con el fango de Marat? ¿Lo habéis leído?

PROVEN. Sí, para...

MARÍA A. ¿Para ver si contenía un libelo contra vuestra hermana la Reina? (Provenza vuelve la cabeza confundido.)

LUIS ¿Será verdad?

MARÍA A. Decid.

LUIS ¡Es singular! Siempre las envían a vos esas sátiras... ¿Será que conocen vuestra afición a ese género literario?

PROVEN. ¡Yo!...

LUIS O quizás sea una fatalidad.

PROVEN. Os juro, señor...

LUIS En vez de jurar, haced lo que debíais haber hecho ya en vuestra biblioteca: rasgad ese inmundo libelo.

PROVEN. Es verdad. (Va a rasgarlo.)

MARÍA A. No, Provenza; os lo prohibo. La calumnia hay que conocerla, no para combatirla, porque en Francia es invencible; pero sí para castigarla. (Mirando a Luis.)

PROVEN. Soy de la misma opinión. (Le tiende el periódico.)

LUIS A mí, monseñor. (Apodérase del periódico y lo lee muy indignado mirando tan pronto a la Reina como a Provenza, que le contempla atentamente. Por último

lo rasga impetuosamente y vuélvese irritado a Provenza, diciéndole:) Salid.

PROVEN. Pero...

LUIS Quiero estar solo con la Reina. (Levantándose enérgicamente.) Salid. Soy el Rey. (Provenza dobla la cabeza y sale lentamente.)

MARÍA A. Preciso es que Marat haya dicho alguna cosa muy terrible, porque es la primera vez que os veo tan irritado.

LUIS Si sólo fuese Marat... (Mirando a la puerta por donde ha salido Provenza.) Me lo esperaba... ya os lo había dicho...

MARÍA A. ¿Y de qué me acusan?

LUIS No lo sé.

MARÍA A. Tengo valor para oirlo todo.

LUIS Pero yo no lo tengo para repetirlo.

MARÍA A. (Angustiosamente.) Hablad.

LUIS Pues bien: el párrafo es corto pero bueno. Dice que en Versalles y en tanto que el Rey caza tranquilamente, la Reina, en compañía de sus camaristas, brinda con los oficiales de la guarnición por la prosperidad de la monarquía y la ruina de la nación.

MARÍA A. ¿Y qué más?

LUIS Que la Reina lucía en el pecho una escarapela negra, que ponía de relieve la blancura de su seno...

MARÍA A. ¡Infames! Seguid.

LUIS Y que estas orgías terminaban entre las sigilosas sombras de los bosquecillos...

MARÍA A. Pero vos no creeréis ni una palabra de todo esto...

LUIS Yo no creo a Marat; pero el pueblo cree a su *Amigo*. (Con sarcasmo.)

MARÍA A. (Indignada.) ¿No se alzan ya cadalsos para los asesinos?

LUIS ¡Cadalsos! ¡Cadalsos contra Marat!

MARÍA A. Luis XV hacía respetar a madame du Barry, que al cabo no era más que su querida, y vos no podéis lograr que respeten a la Reina, a la madre de vuestros hijos.

LUIS Luis XV ya lo había dicho: «Después de mí, el diluvio,» y mi abuelo fué profeta.

MARÍA A. Perdonad, señor: cuando se desciende de Enrique IV, es preciso saber montar a caballo y blandir la espada.

LUIS Basta, señora, basta. El Rey sabrá ser Rey... pero... ¿oís?... (Escuchando un lejano rumor.)

MARÍA A. ¿Qué pasa?

LUIS Me parecía oir... un rumor vago... prolongado...

MARÍA A. Vuestra imaginación está tan exaltada...

LUIS No... ¿no oís?

MARÍA A. (Escuchando.) Sí... en efecto... Será el viento que agita las copas de los árboles.

LUIS Puede... (Sube a la galería.) No, señora; no se mueve una hoja... es un rumor lejano que se va aproximando por momentos.

MARÍA A. (Agitada.) ¡Señor! ¡Entrad en nombre del cielo!

LUIS Sí, se aproxima... veo alzarse nubes de polvo en lontananza... Venid, señora.

MARÍA A. (Da algunos pasos pero no se atreve a acercarse a la galería.) Será tropa.

LUIS ¡Tropa!... Psh... (Acercándose a la Reina le dice en tono misterioso.) No... Es el llamamiento de Marat a las turbas hambrientas de París... Señora, el 14 de julio le tocó el turno a la Bastilla... hoy que estamos a 5 de octubre, tal vez le toque a Versalles.

MARÍA A. (Recordando con presentimiento.) ¡Hoy!... ¡Hoy!... Pero entonces... (Toca febrilmente la campanilla.)

ESCENA VII

Dichos y CLERY

LUIS ¿Qué pasa, Clery?

CLERY ¿En dónde, señor?

LUIS ¿No habéis oído ese extraño rumor?

CLERY Sí tal; pero no le hemos dado importancia, porque se oye casi todos los días.

MARÍA A. (Impaciente.) Pero yo quiero saber...

LUIS Decid al duque de Brissach que envíe un destacamento de guardias.

CLERY Creo, señor, que ya lo ha hecho.

ESCENA VIII

Dichos y MALESHERBES

MALES. (Dentro.) ¡ El Rey !... ¡ El Rey !... (Saliendo y viéndoles.) ¡ Ah, señor !... ¡ Señora !... llegó el momento; huíd... huíd...

LUIS ¿Huir?

MARÍA A. Pero, por Dios... ¿qué sucede?... ¿qué ocurre?

MALES. Una turba inmensa capitaneada por el cervecero Santerre y seguida de Lafayette, con sus guardias nacionales, que se dirigen hacia aquí.

MARÍA A. (Dando un grito se dirige hacia la puerta por donde han salido sus hijos.) ¡ Ah ! ¡ mis hijos !

LUIS Deteneos. Id vos, Clery, con los escuderos y los guardias...

ESCENA IX

Dichos, PROVENZA y Guardias de Corps.

MARÍA A. ¿Qué es eso, Provenza?

PROVEN. Que todo París se arroja sobre Versalles... ¡ Oh, vil Marat !...

MARÍA A. ¡ Y no vienen ! ¡ No vienen ! (Quiere ir muchas veces a la galería, pero no se atreve a entrar.)

PROVEN. No hay que asustarse: los puntos están bien guardados.

MARÍA A. Sí; pero, ¿y mis hijos? ¡ mis hijos !

PROVEN. Luego la mayoría de esa canalla se compone de mujeres y pilluelos...

MARÍA A. ¡ Y Clery que no vuelve !

MALES. (A Luis que se ha sentado abatido.) Señor, huíd. Basta un regimiento para proteger la fuga.

MARÍA A. Sí, Luis ; os lo ruego de rodillas ; huíd.

PROVEN. Pero hermana, un Rey que huye es un Rey que abdica.

LUIS (Alzando la cabeza.) ¡ Ah ! ¿conque vos creéis que el Rey antes debe morir que apelar a la fuga? (Levantándose con resolución.) Soy de vuestra opinión.

ESCENA X

Dichos y EL DUQUE DE BRISSACH, seguido de guardias y nobles. (María Antonieta se estremece a la entrada de cada personaje.)

BRISSACH (Furioso y con la espada en la mano.) Señor. El coronel del regimiento de Flandes espera vuestras órdenes. Y yo vengo también a recibirlas para saber si debo hacer fuego contra esa canalla.

MARÍA A. ¡ Ah ! (Provenza hace señal de adhesión.)

LUIS (Que la ha sorprendido.) Os lo prohibo terminantemente. El Rey no quiere que se derrame una sola gota de sangre francesa, ni por él, ni por su familia.

PROVEN. (Muy excitado.) Debo observar a vuestra majestad que esa turba armada ha invadido el parque....

LUIS ¡ Cómo !

MARÍA A. ¡ Ah ! ¡ Mis hijos ! ¡ Mis hijos !

MALES. (Queriendo detenerla, lo mismo que el Rey y Brissach.) ¡ Señora !

MARÍA A. ¡ Dejadme ! ¡ Mis hijos !

ESCENA XI

Los mismos, CLERY, llevando de la mano a MADAME REAL y al DELFÍN, muy espantados. En pos de ellos ISABEL, aterrada, sostenida por MADAME CAMPAN. Nobles y Guardias.

(María Antonieta apodérase de sus hijos, los abraza febrilmente y los cubre de besos llorando y riendo de gozo.)

MARÍA A. ¡ Hijos míos !

M. REAL Y DELFÍN ¡ Mamá ! ¡ Mamá mía !

LUIS (A Isabel, que se arroja en sus brazos.) ¡ Hermana !

ISABEL Luis : sólo el arrojo de esos caballeros ha podido librarnos del furor de esa turba enfurecida. A mí me tomaron por la Reina... y... (Mirando a María Antonieta compasivamente.) amenazábanme con las hachas y las picas, llenándome de improperios y groseros insultos. Ya íbamos a caer en sus manos, cuando un pelotón de guardias vino en nuestro auxilio, trabándose una violenta lucha en la que he visto morir al valiente Varicour.

LUIS ¡ Pobre hermana mía ! (Auméntase el rumor, que no ha cesado ni un momento y que en esta escena se manifiesta con gritos y estrépido.)

PROVEN. Pero, ¿no oís, señor?

BRISSACH (Blandiendo la espada.) Señor, permitidme que cierre con ellos.

LUIS Os digo que no. Llevad a la Reina, a mis hijos y a mi hermana a la sala del Torreón. Confío a la fidelidad de mis guardias de corps tan precioso depósito. Yo recibiré solo a mi pueblo sublevado. Estando solo no temo.

ISABEL (Acercándose al Rey.) ¡ Dejaros, señor !

MARÍA A. ¡ Imposible !

M. REAL Y DELFÍN (Tendiendo las manos al Rey.) ¡ No, no ! (Oyese un rumor subterráneo como de eañones que ruedan y de puertas derribadas, y luego el fuerte rugido de la muchedumbre. Madame Real y el Delfín se guarecen en el regazo de su madre.)

MARÍA A. ¡ Dios mío ! (La multitud ruge.)

ESCENA XII

Dichos, LAFAYETTE y dos ayudantes

LAFAYE. (Dentro con voz tonante.) Ocupad y defended las puertas, las antesalas y los corredores: pero ni un tiro, ni una estocada sin la orden de Lafayette. (Entra vestido de general de la guardia nacional, con la gran faja tricolor y la espada desenvainada. Un ayudante le lleva el sombrero. Lafayette, al ver al Rey, inclina la punta de la espada.)

LUIS (Con firmeza.) ¿Viene Cromwell a prender a Carlos primero?

LAFAYE. Viene Lafayette a salvar a Luis XVI. El general de los Estados Unidos, quedó en América: el que tenéis delante es el general de la guardia nacional de París, que ha jurado fidelidad a la Constitución y al Rey.

LUIS ¿Y a qué viene, pues, esa muchedumbre? ¿Qué pide? ¿Qué quiere?

LAFAYE. Lo que no encuentra en París.

SANTERRE (Dentro.) ¡Pan!

MIL VOCES (Dentro.) ¡Pan! ¡Pan!

LAFAYE. ¡Ya lo oís, señor!

SANTERRE (Dentro.) ¡Muera el rey molinero!

TODOS ¡Muera!

LAFAYE. Estos gritos significan que en París no hay trigo, mientras que rebosan los graneros de Versalles, y el pueblo tiene hambre.

LUIS ¡Calumnia! ¡Impostura! Yo voy a desengañar a mi pueblo. (Queriendo ir a la galería.)

ISABEL (Deteniéndole.) ¡Hermano!

PUEBLO (Dentro.) ¡Queremos la austriaca!

MARÍA A. ¿Oís señor?

M. REAL Y DELFÍN ¡No, mamá, no!

PUEBLO (Dentro.) ¡La austriaca! ¡la austriaca!

LAFAYE. Salid, señora; y enseñadles el Delfín.

LUIS (Horrorizado.) ¡ Qué !

LAFAYE. No temáis. El patio está lleno de mujeres... (A la Reina.) Son fieras, señora, son tigres, todo lo que queráis... pero son madres. Salid, yo os respondo de todo con mi cabeza. (María Antonieta entra en la galería aterrada y presentando a sus hijos al pueblo. Luis da un grito. Lafayette, Malesherbes y otros le rodean.)

LUIS ¡ Ah !

ISABEL ¡ Animo, hermano !

PUEBLO (Dentro.) ¡ Fuera chiquillos, fuera !

MARÍA A. (Exaltada hace arrodillar a sus hijos, que se abrazan a sus rodillas, y abre los brazos, exclamando:) ¡ Franceses ! ¿ Mataréis a la madre del Delfín? (Luis se deshace de los que le rodean y se dirige a la galería, pero visto por Lafayette, se le anticipa y grita con voz de trueno y levantando la espada.)

LAFAYE. ¡ No, franceses ! no os deshonréis... (Echa la faja sobre María Antonieta.) ¡ Viva la Reina !

PUEBLO (Dentro.) ¡ Viva la Reina ! (Aplausos dentro. María Antonieta hace levantar a sus hijos y los enseña al pueblo. Los aplausos y vítores aumentan.)

LAFAYE. (Corre al Rey y le dice:) ¡ Se ha salvado !

PROVEN. (Por ahora).

LUIS (Tendiendo la mano a Lafayette.) ¡ Gracias, general !

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Gran salón en las Tullerías. Dos puertas en el fondo. La de la izquierda se supone ser un balcón. La de la derecha la puerta de entrada. A derecha e izquierda puertas laterales que conducen, las de la derecha a las habitaciones de la Reina, y las de la izquierda a las del Rey. Entre las dos puertas del fondo, el retrato de Carlos I de Inglaterra. Mesas, sillones, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

MADAME CAMPAN y CLERY vestidos de negro, la primera viene del departamento de la Reina y el segundo del cuarto del Rey.

M. CAMP. ¿Cómo está el Rey, señor Clery?

CLERY Encerrado en su despacho.

M. CAMP. Venía a saber noticias, porque la Reina está muy inquieta.

CLERY No lo está menos el Rey. Desde los terribles sucesos del 20 de julio, está poseído de una tristeza indecible. Ya no se hace ilusiones. ¿Y la Reina qué hace? Su majestad ha pedido muchas veces noticias de ella.

M. CAMP. Está inconsolable. La torturan los remordimientos, porque ella fué quien aconsejó y ayudó a tramar la fuga, cuya consecuencia fué el arresto de la familia real en Varennes, y aquel horrible viaje que hubo de hacer hasta París en medio de las turbas

amotinadas; luego la reciente muerte de su hermano Leopoldo...

CLERY ¡Ah! su familia ha hecho bien poco por ella.

ESCENA II

Dichos, MADAME ISABEL vestida de luto y MADAME LAMBALLE en traje de viaje, por el foro.

ISABEL ¡Querida prima! ¡Cuán contenta estará mi hermana María Antonieta de vuestro regreso!

LAMBALLE También lo creo.

M. CAMP. ¡La señora princesa de Lamballe!

CLERY (Inclinándose y admirado.) ¿Vos aquí, señora?

LAMBALLE (Tendiendo la mano a madame Campan.) Ya lo veis, querida mía; volvemos a encontrarnos... parece que os sorprende mi venida, y a vos también mi buen Clery.

CLERY Señora, si he de deciros la verdad...

ISABEL (A Lamballe.) Lo cierto es, querida María, que cuando hasta nuestros hermanos nos han abandonado, para refugiarse en Alemania, vuestro regreso no puede menos de sorprendernos y conmovernos en sumo grado.

LAMBALLE No ha sido poca fortuna que no me hayan conocido al entrar en París provista de un pasaporte inglés. Señora Campan, ¿queréis hacer el favor de anunciarme a la Reina?

M. CAMP. Con muchísimo gusto. (Vase por la derecha.)

CLERY ¿Queréis que os anuncie al Rey?

ISABEL No, Clery. Prefiero que la princesa vea primeramente y a solas a la Reina... ¿No os parece? (A madame Lamballe.) (Clery vase por el foro.)

LAMBALLE Gracias: sois la amiga previsora de siempre.

ISABEL ¡Ah, María! Mucho me temo que habréis

llegado la víspera de una espantosa catástrofe.

LAMBALLE ¡ Ah ! No lo sentiría por mí. (Viendo abrirse la puerta del cuarto de la Reina.) ¡ Ella ! ¡ qué contenta estoy !

ESCENA III

Dichas, MARÍA ANTONIETA, MADAME REAL, y EL DELFÍN

MARÍA A. (Dentro.) ¡ La Lamballe ! (Entra con madame Real y el Delfín, muy pálida. Al ver a la princesa cae llorando en un sillón, y exclama:) ¡ Oh, María !... ¡ María !...

LAMBALLE (Muy conmovida.) ¡ Ah, señora !

MARÍA A. (Abriéndole los brazos a los cuales se arroja la princesa.) Lo sabía. Ya lo veis, hijos míos, el ángel ha venido.

M. REAL (Yendo a abrazar a la princesa.) ¡ Cuán buena sois, Princesa ! Dios os ha traído para consolar a nuestra madre que es tan desgraciada... ¡ Ah ! sí ; sois un ángel.

DELFÍN ¡ Un ángel muy hermoso !

LAMBALLE Monseñor sí que está hecho un arrogante Delfín.

MARÍA A. (Con melancólica sonrisa.) ¿ Lo creéis así, María ?

ISABEL ¿ Queréis que vayamos al cuarto del Rey ?

M. REAL Y DEL. ¡ Oh ! ¡ sí, sí !

MARÍA A. Y luego volved aquí sin falta.

DELFÍN Bien, mamá. (María Antonieta besa a sus hijos que saludan a Lamballe, y salen por la izquierda con madame Isabel. La Campan sale por el fondo, después de haber colocado un sillón para la princesa, al lado de María Antonieta.)

ESCENA IV

MARÍA ANTONIETA y MADAME LAMBALLE

LAMBALLE Vuestro hijo debe ser un gran consuelo para el corazón de vuestra majestad. (Mirando al Delfín.)

MARÍA A. ¡ Ah ! lo sería, sí... pero no me llaméis majestad. Ya no hay títulos en la Corte. Ya no hay (Con amarga sonrisa.) etiqueta. ¡ Ya sabéis cómo la detestaba !... Pues me han dado gusto; ha desaparecido por completo... ¡ Oh ! ¡ cuántas cosas tenemos que decirnos !... pero ante todo, María, ¿por qué habéis venido en estos momentos?

LAMBALLE Para compartir vuestras penas, como en otros días compartí vuestras alegrías.

MARÍA A. Sentaos a mi lado, María. Recordemos un momento aquellos dichosos días, a los cuales me parece volver cuando os contemplo. ¡ Cuán feliz soy en este instante ! (Con terror.) ¡ Pero no, porque ya empiezo a temblar por vuestra vida !

LAMBALLE ¿Por mi vida?

MARÍA A. Sí ; porque soy una mujer fatal, predestinada, fatídica... porque mis besos envenenan... porque cuantos me aman mueren... Huíd, María, huíd.

LAMBALLE ¡ Huir ! ¿Creéis que me faltaría valor para morir a vuestro lado?

MARÍA A. (Horrorizada.) ¡ Oh, no !

LAMBALLE Entonces ¿a qué habría venido? Pero desechemos tan tristes ideas. Estoy aquí para reanimar vuestras esperanzas ; para traeros un consuelo, una buena noticia que ya os habría dado antes, si...

MARÍA A. ¡ Una buena noticia ! ¡ Ah ! para mí todo ha concluído.

LAMBALLE No : oíd, querida Antonieta. Nada he podido lograr en las Cortes de Londres y San Petersburgo ; pero en cambio, vuestro sobrino Francisco II, me recibió muy cariñoso en Viena, le hablé mucho de vos, me postré a sus pies, bañé sus manos con mis lágrimas...

MARÍA A. Gracias, María ; pero nada espero de mis parientes ; nada. Cuando un hermano, el conde de Provenza, pone el remate a sus tenebrosas maquinaciones haciéndose pro-

clamar en Coblenza, Regente del Reino, so pretexto de que Luis está prisionero en las Tullerías, ¿qué podemos ya esperar? Sólo la muerte.

LAMBALLE No; el Emperador me prometió que él y Federico Guillermo estaban resueltos a restaurar en Francia la monarquía de Enrique IV, la legítima herencia del Delfín.

MARÍA A. (Como viendo ya un rayo de esperanza.) ¡Del Delfín! ¡Ah! ¡si fuese posible!... (Va a levantarse, pero vuelve a su abatimiento.) Pero es tarde.

LAMBALLE No, no; ánimo. Ya os lo habría dicho antes; pero no me atreví a fiarlo en una carta. Hablemos de otra cosa. ¿No queríais que reviviesen nuestros alegres recuerdos, los hermosos días del Trianón?

MARÍA A. (Tristemente.) ¡Ah! Esos...

LAMBALLE Sólo os pido una de vuestras sonrisas.

MARÍA A. (Dejando caer la cabeza sobre el hombro de Lamballe.) ¡Ya no sé sonreirme!

LAMBALLE (Mirando sorprendida los cabellos de la Reina.) ¡Qué veo! ¡vuestros cabellos han encanecido... a treinta y siete años!...

MARÍA A. Es un recuerdo del arresto de Varennes... Al recorrer lentamente aquel interminable calvario, nacieron estas canas entorno de mi frente, inclinada bajo los insultos del populacho. ¡Ah, María! he apurado el cáliz del dolor hasta las heces. No creía sobrevivir a aquel segundo viaje, y sin embargo he debido soportar muchos ultrajes, sin duda porque estoy destinada a un suplicio más largo, más horrible todavía.

LAMBALLE ¡Oh! no, ¿qué decís?

ESCENA V

Dichas y MADAME CAMPAN

M. CAMP. Perdone vuestra majestad si me atrevo a presentarme sin ser llamada...

MARÍA A. ¿De qué vienen esos reparos? Decid; ¿qué ocurre?

M. CAMP. El general Lafayette...

MARÍA A. (Sorprendida y aterrada.) ¡Lafayette en París y en las Tullerías, cuando sabe que el Rey no quiere recibirle!

M. CAMP. Señora, viene tan agitado, es tanta la insistencia con que solicita veros, que me atreví a anunciarle. ¿Qué le digo?

MARÍA A. (Después de un momento de vacilación.) Que entre. No os asustéis, María. En París no se pasa un día sin incendios o motines: es nuestra vida normal, y ya estamos acostumbrados a ella.

ESCENA VI

Dichas y LAFAYETTE

LAFAYE. (Entrando impetuosamente.) Señora... ¡La princesa María en París!

MARÍA A. Y el general Lafayette ¿cómo ha abandonado su campamento?

LAFAYE. Para venir a pedir cuenta a la Asamblea de los horrores del 20 de julio... Lo que yo siento es no poder impedir otros tal vez más espantosos que nos amenazan para el 10 de agosto.

MARÍA A. ¡Hoy!... (Espantada.) (Luego resignada.) ¿Qué pasa?

LAMBALLE Hablad, general.

LAFAYE. ¡Ah, princesa Lamballe! ¿Por qué habéis venido a entregar vuestra hermosa cabeza a la revolución?

MARÍA A. ¡Ah! (Levantándose horrorizada.)

LAMBALLE ¿Por qué lo decís?

LAFAYE. ¿Quién ha dado al emperador Francisco II el desatinado consejo de enviar a Francia un cartel de desafío?

MARÍA A. (Mirando a madame Lamballe.) ¿De desafío?

LAMBALLE ¡Cómo!

LAFAYE. ¡Qué otro nombre merece la insensata amenaza que ha enviado, ordenando que se anule la Constitución jurada por el Rey y que se restablezca el trono de Luis, o que de lo contrario doscientos mil austro-prusianos y diez mil emigrados entrarán en Francia dentro ocho días!

MARÍA A. Es la justicia de Dios que empieza.

LAFAYE. Decid la cólera, señora.

MARÍA A. Sí; pero sobre los rebeldes... ¡Oh! venid ángeles exterminadores... apresuraos... un poco de aire de libertad, de venganza... gracias, gracias, María.

LAFAYE. Señora... os entusiasmáis al borde de la tumba.

MARÍA A. ¿Por qué?

LAFAYE. Porque esta soberbia y estúpida amenaza fué recibida con un rugido de indignación que hizo temblar a la Asamblea. Porque la bandera roja enarbolada por Danton ondea por las calles; porque las turbas arrastradas por las furias del 20 de julio, se han congregado en los campos Elíseos, atizadas por quinientos marselleses que han cruzado toda la Francia entonando la *Marsellesa*.

MARÍA A. ¿Qué canto es ese?

LAFAYE. Es el canto del Rhin, señora, un grito menos fratricida que el de *ça ira,* pero más patriótico y no menos tremendo; un canto que más que himno parece un trueno, un volcán que sepultará bajo un lago de sangre, no sólo vuestro trono, sino todos los tronos de Europa.

MARÍA A. (Aterrada.) ¡Ah! basta; callad. (Se oye el acelerado y lejano toque de la campana.)

LAFAYE. ¡Oís?

MARÍA A. ¡Dios mío!

LAMBALLE ¿Qué nos anuncia ese terrible toque?

LAFAYE. La anarquía, el espanto, el furor, la convicción de mi impotencia para salvaros; el terrible convencimiento de que nada

puedo hacer por vos, señora. Os he sacrificado mi popularidad, y mi cabeza corre tanto peligro como la vuestra... Vuelvo al campamento donde me llaman mis juramentos y mi honor. Voy a combatir a los enemigos de Francia y a morir como soldado. Dios tenga piedad de vos, señora. (Vase rápidamente. Vuelve a oirse la campana.)

MARÍA A. ¡Ah, María! ¿Por qué habéis ido a Viena? ¿Por qué habéis venido?... Huíd, huíd.

LAMBALLE La princesa de Lamballe no huye: sabe morir.

MARÍA A. Y moriremos...

LAMBALLE Pero juntas. (Abrazándola.)

ESCENA VII

Dichas y MADAME CAMPAN

M. CAMP. ¡Qué horror, señora! las turbas han rodeado las Tullerías, los patios están invadidos, la guardia nacional fraterniza con el pueblo y están apuntando dos cañones contra el palacio.

ESCENA VIII

Dichas, MADAME ISABEL, MADAME REAL y EL DELFÍN

MARÍA A. ¡Hermana! ¡hijos míos!

M. REAL (Corriendo con el Delfín hacia su madre.) ¡Huyamos, mamá!

DELFÍN ¡Como el 20 de julio! (Espantado.)

MARÍA A. El Rey ¿dónde está el Rey?

ISABEL En la sala del trono con los ministros y algunos nobles, para ver de qué modo puede salvarse todavía el Estado o al menos la familia real... Señora, retirémonos a vuestras habitaciones.

M. REAL Mejor a vuestro oratorio.
MARÍA A. (Cogiendo los niños.) Vamos pues. (Oyense rumores y gritos.) ¿Qué ruido es ese?
M. CAMP. (Señalando el cuarto de la Reina.) Viene de allí.
ISABEL (Temblando.) ¿De las habitaciones de la Reina?
LAMBALLE ¿Será posible?
MARÍA A. Sí... sí... (Retrocediendo con sus hijos mientras viene el tumulto.) Vienen por nosotros. (Abrense con estrépito las puertas de las habitaciones de la Reina y aparece Brissach con la espada desnuda y cerrando las puertas tras sí.)

ESCENA IX

Dichos y BRISSACH

TODOS ¡Ah! (Con terror.)
MARÍA A. ¡Brissach!
BRISSACH Alejaos, señora; vuestras habitaciones han sido invadidas por las turbas acaudilladas por Santerre.
TODOS ¡Santerre!
BRISSACH Señora, no han de llegar a vos sino pasando sobre mi cadáver.
MARÍA A. Corramos al lado de vuestro padre. (Se dirigen todos hacia las habitaciones del Rey, de las cuales sale Clery.)

ESCENA X

Dichos y CLERY

CLERY ¿Adónde vais, señora? ¡Deteneos!
MARÍA A. Vamos a unirnos al Rey.
CLERY Imposible, señora. Como en el 20 de julio, su majestad se encuentra en la sala del trono, enfrente del pueblo amotinado.
MARÍA A. ¡Dios mío!
M. CAMP. ¡Cielos!

ISABEL ¡Ah, Virgen Santa!

CLERY Sosegaos; nada temáis. Le rodean los granaderos de la guardia, y su serenidad empieza a dominar la tormenta. Ya se oyen aclamaciones.

ISABEL ¿De veras, Clery? ¿No lo dices para animarnos?

CLERY Es la verdad, señora.

MARÍA A. ¡Dios sea loado!

ISABEL Hermana, por caridad, ya sabéis que vuestra presencia podría irritarles.

M. REAL Sí, mamá; ya sabéis que quieren mataros.

MARÍA A. (Con amarga sonrisa e inclinando la cabeza.) Es verdad.

CLERY (Escuchando a la puerta.) El tumulto crece... se aproxima.

LAMBALLE Huyamos a la galería.

BRISSACH No: las turbas están posesionadas de los jardines. Más vale por aquí. (Señalando la puerta del foro.)

CLERY Deteneos, señor Duque; los suizos a duras penas pueden contener la multitud que ha invadido la escalera.

BRISSACH ¡Maldición! (Cerrando violentamente la puerta. Oyese de nuevo y con más intensidad la campana.)

ISABEL ¡Dios de misericordia! ¡Es el toque de agonía!

MARÍA A. Dios tenga piedad de nosotros.

VOCES (Dentro.) ¡Muera madame Veto! ¡Muera la austriaca!

CLERY Ya están aquí; van a derribar la puerta.

BRISSACH (Dirigiéndose al foro.) Antes la muerte.

MARÍA A. (Con autoridad.) Deteneos, Duque. Basta de víctimas. Dejad que derriben la puerta.

(Siguen los gritos y golpes que tratan de derribar la puerta. María Antonieta se sienta, y todos los demás personajes forman grupo a su alrededor. Los niños se arrodillan a sus pies.)

DELFÍN ¡Mamá!

M. REAL ¡Tengo miedo! (Escondiendo sus cabezas en el regazo de su madre.)

PUEBLO ¡Muera la austriaca! ¡Muera! (Ábrese la puerta con estrépito e invade la escena una numerosa turba abigarrada y armada de picas, guadañas y puñales. Al frente de todos ellos Santerre, vestido de comandante de la guardia nacional, con gran faja tricolor.)

ESCENA XI

Dichos, SANTERRE y pueblo

SANTERRE ¿Dónde está?

LAMBALLE (Adelantándose.) Aquí estoy.

TODOS (Levantando las armas.) ¡Muera!

MARÍA A. (Cubriéndola.) ¡Deteneos! ¿No me conocéis? Si buscáis a vuestra Reina, yo soy.

SANTERRE (Dominado.) ¡Vos!

M. REAL Y DELFÍN ¡Ah! (Huyendo hacia madame Isabel.)

SANTERRE (Se adelanta con las manos apoyadas en el puño de la espada, y después de contemplar a la Reina, exclama:) Ciertamente. Vos sois María Antonieta. Si no os es infiel la memoria, somos conocidos antiguos. Ya nos conocemos desde el 7 de octubre y el 20 de julio.

MARÍA A. Sí, señor Santerre.

SANTERRE Pero de un modo muy diferente. El 20 de julio entré en este palacio al frente de diez mil jacobinos, de diez mil perdidos... pero hoy vengo como amigo del orden... No... que no. Hoy soy vuestro protector... como si dijéramos otro Lafayette. (Guiñando el ojo.) Digo... si la señora no lo lleva a mal.

PUEBLO (Irreverentemente.) ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

BRISSACH ¡Señor Santerre!

SANTERRE (Al pueblo.) ¿De qué os reís, bestias? (A Brissach.) Sí, señor, soy otro Lafayette. Tengo el honor de participaros que el cervecero Santerre, aquí donde le veis, ha sido ascendido, de comandante de su batallón, a general en jefe de la guardia de París.

BRISSACH (*Con desprecio.*) ¡ Vos !

MARÍA A. ¡ Duque !

SANTERRE (*Mirando con ceño a Brissach.*) ¡ Aun hay duques en París ! ¡ Por mi fe que no lo creía ! Pero vamos al caso. Al fin y al cabo he venido para darme a conocer como sucesor de un señor marqués : del marqués de Lafayette ; y como él hacía aquí de prefecto, de maestro de ceremonias y de no sé qué más...

PUEBLO ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

SANTERRE He dicho que no hay por qué reirse ; ¿ estamos? Permitid que os presente a esos buenos amigos que desean pediros explicaciones de vuestros insultos.

MARÍA A. ¿ Qué insultos? ¿ He insultado yo nunca al pueblo de París?

PUEBLO Sí, sí.

MARÍA A. ¿ Cuándo? ¿ En qué? ¿ Cómo?

SANTERRE Vistiendo de luto vos y toda vuestra familia por la muerte de Leopoldo, el padre del actual emperador Francisco, que pretende venir con su artillería a imponernos su voluntad.

PUEBLO ¡ Sí, sí, fuera los trajes negros !

TODOS ¡ Fuera ! ¡ Muera la austriaca !

MARÍA A. (*Tendiendo los brazos.*) ¡ Herid !

M. REAL ¡ No matéis a mi madre !

DELFÍN ¡ No la matéis ! ¡ No !

UN DESCA. ¡ Ah ! ¿ Conque no quieres, Capeto? (*Lo coge por los brazos y lo arrastra.*)

DELFÍN ¡ Mamá ! ¡ Mamá ! (*Resistiéndose. Sensación general.*)

MARÍA A. (*Hecha una leona.*) ¡ Ah ! ¡ Mi hijo ! ¡ Cobarde !

SANTERRE (*Apodérase del Delfín, y con dignidad dice al que cogió al niño.*) ¡ Tú no eres madre, imbécil ! (*Conserva el niño un momento, y lo devuelve a la Reina, diciendo:*) Tomad, señora ; también yo tengo un hijo.

MARÍA A. Gracias, señor Santerre. (*Sollozando.*) ¡ Oh ! ¡ franceses ! ¿ Por qué me tratáis de este

modo? ¿Qué mal os he hecho? ¿Queréis que reniegue de mi primera familia? ¿Querríais vosotros, padres, madres, hermanos, que vuestras hijas y vuestras hermanas, después de casadas ya no se acordaran más de vosotros? ¿Pues por qué queréis que yo lo haga? ¿Porque soy la Reina? ¿Por ventura no tengo corazón? ¿Creéis que nunca he amado a Francia, yo la madre del Delfín? No, franceses; os lo juro por la vida de mis hijos. Si los ojos de la hija se volvieron algunas veces hacia Viena, el corazón de la esposa, de la madre, de la Reina, ha pertenecido y pertenecerá siempre a Francia, mientras vosotros lo queráis. (El pueblo da muestras de aprobación.)

SANTERRE (¡Hum! Hasta a mí me ha conmovido y esto no conviene.) Vaya, vaya, ciudadanos; en marcha. (Van a marcharse, pero se oyen tambores y todos se detienen.)

BRISSACH (Llegándose a la galería.) ¿Qué tambores son esos?

SANTERRE Por esos jardines se va a la Asamblea. (Se aproximan los tambores.)

CLERY (Llegándose a la puerta.) Señores: el Cuerpo legislativo. (Sensación general.)

MARÍA A. ¡El Cuerpo legislativo!

SANTERRE (¡El Cuerpo legislativo!)

ESCENA XII

Dichos, VERGNIAUD, y varios Diputados (con fajas tricolores.)

ISABEL (Corriendo a su encuentro con ademán suplicante.) ¡Ah! señor de Vergniaud...

LAMBALLE ¿A qué habéis venido?

MARÍA A. ¡Hablad!

VERG. Señora: el Cuerpo legislativo viene en estos terribles momentos a proteger la persona del Rey. (A Santerre.) Señor Santerre

¿cómo consentís que entre en las Tullerías, esa muchedumbre armada? En nombre de la ley, hacedla salir.

SANTERRE (De eso se trataba.)

VERG. Y vos quedaos: El Cuerpo legislativo os necesitará tal vez.

SANTERRE Estoy a las órdenes del Cuerpo legislativo. (Hace una seña al pueblo, que se retira.)

MARÍA A. (Alarmada.) Señor Vergniaud ¿ha sido el Rey quien ha pedido la intervención de la Asamblea?

VERG. Sí, señora; por medio del ministro de Justicia.

MARÍA A. ¡El Rey!

VERG. Y el Cuerpo legislativo ha venido a las Tullerías para evitar a Francia un gran delito.

ESCENA XIII

Dichos, LUIS y servidumbre

LUIS (Desde dentro.) ¡La Reina! ¡mi hermana! ¡mis hijos! (Entra muy pálido y agitado.) ¡Ah! Gracias, señor Vergniaud; gracias, señores.

MARÍA A. Estáis muy conmovido.

ISABEL ¡Hermano!

LAMBALLE ¿Qué ha sido?

LUIS (Tendiendo la mano a madame Lamballe.) ¡Ah, pobre María! En mala hora habéis venido.

VERG. ¿Qué ha pasado?

LUIS Había creído poder evitar los horrores que se preparaban. Había logrado sosegar el pueblo en la Sala del Trono, cuando de pronto ví las llamas en el patio del Carroussel en donde humea la sangre francesa y dentro de poco...

VERG. Dentro de poco las Tullerías serán nuevamente asaltadas, y se verán cubiertas de

sangre y de cadáveres. ¿No es verdad, general?

LUIS (Aterrado al verle.) ¡ Santerre !

SANTERRE El mismo que viste y calza.

VERG. Sólo os queda un recurso.

MARÍA A. ¿Cuál?

VERG. El de refugiaros con vuestra familia en el seno de la Asamblea legislativa.

LUIS ¡ Cómo ! (Sorprendido y vacilante.)

MARÍA A. ¡ Entregarse a sus enemigos !

ISABEL ¡ El mismo !

LAMBALLE ¡ Dios piadoso !

BRISSACH ¡ No es posible !

VERG. No queda otro remedio, señor duque. El Cuerpo legislativo, no pudiendo ya salvar al Rey ni a la monarquía, probará de salvar al hombre y a su familia. Si queréis impedir que París se convierta en un lago de sangre, aplacad el furor de la hidra revolucionaria, arrojándole la destitución del Rey.

LUIS ¡ Destronado !

MARÍA A. (Temblando.) ¡ Gran Dios ! ¿Y os atrevéis a decirlo ante la madre del Delfín?

VERG. (Impetuosamente.) Señora, los girondinos habíamos propuesto la Constitución para salvar el trono y hacer la felicidad de Francia, y no se nos quiso escuchar; el Rey ha querido arrojarse al abismo, no para salvar la patria sino para salvar la aristocracia y el clero. El pueblo lo ha comprendido, y si no le entregamos la corona, él se tomará la cabeza.

TODOS ¡ Ah ! (Los de la familia real.)

VERG. ¿No es verdad, señor Santerre?

SANTERRE Habéis hablado como un libro. (Vuelve a oirse el toque de la campana.)

LUIS (Con resolución.) Señores; ya nada tenemos que hacer aquí. Vamos a la Asamblea.

VERG. (A Santerre.) Vamos, Santerre.

SANTERRE (Tomando al Delfín en brazos.) Andando.

MARÍA A. Mi hijo.

SANTERRE ¡No temáis, señora! Nadie le tocará en tanto que le vean en brazos de Santerre.

DELFÍN ¡Mamá! ¡mamá! (Desfilan todos por el orden siguiente. Abren la marcha los granaderos; siguen el Rey y madame Isabel, en pos de éstos Vergniaud al frente de cuatro diputados: luego Santerre con el Delfín en brazos, seguidos de la Reina que no suelta la mano de su hijo: madame Real va pegada a María Antonieta y cierran la marcha los demás diputados, Brissach y demás figuras. Toda esa comitiva da la vuelta a la escena.)

MARÍA A. ¡Gran Dios! ¡ten piedad de nosotros! (La campana no cesa de tocar a rebato hasta que ha caído el telón.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El 20 de enero de 1793

Habitación del Rey en la Torre del Temple. En el fondo chimenea con espejo y reloj. A la izquierda de ésta, puerta de dos hojas que conduce a un corredor y que sirve de entrada. A la derecha otra puerta que conduce al oratorio del Rey. Puerta a la izquierda que es de un gabinete y a la derecha, frente a la puerta, ventana con reja. Cómoda, canapés, sillas, y, en el centro, mesa con lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

SANTERRE, sentado junto a la mesa con aire preocupado. Algunos municipales se calientan y fuman de pie junto a la chimenea. Centinelas en las puertas. SIMÓN, vestido de municipal, entra apresuradamente por el corredor. (Este personaje es de color cetrino, demacrado y repugnante, mirada sombría, cejas negras, largo bigote del mismo color. Gorro frigio con escarapela tricolor. Fuma la pipa.

SIMÓN — Heme aquí. (A los municipales.) ¿Dónde está Luis Capeto? (Un municipal le señala la puerta del gabinete.) ¿Allí? Buenas noches, ciudadano Santerre. ¡Viva la República! (Tirando el gorro sobre la mesa.)

SANTERRE — ¿Estáis de servicio en la torre?

SIMÓN — ¡Brava pregunta! Yo lo estoy siempre, cuándo como zapatero ...cuándo como

municipal. Aquí estoy en mi casa. (*Frotándose las manos con siniestra risa.*) Si no por la gracia de Dios, por la de la República. ¿He dicho algo? ¡ja! ¡ja! ¡ja! Tendría que ver que el zapatero Simón, el verdugo, como le llaman esos condenados, no pudiese contemplar de cerca la faz macilenta y demudada de Luis Capeto!

SANTERRE Pues te llevas chasco. Nunca se le ha visto tan sereno y tranquilo como esta noche.

SIMÓN ¡Por vida del que azotó a Cristo! ¿Es decir, que cuando la Convención Nacional le condena a dar el gran salto, (*Hace ademán de cortar la cabeza.*) es cuando ese gallina recuerda que es hombre?...

SANTERRE Allí le tenéis conversando tranquilamente con su defensor, el ciudadano Malesherbes.

SIMÓN (*Con desprecio.*) ¡Psh! ¿Está con ese imbécil realista!

SANTERRE ¿Realmente le tenéis por imbécil?

SIMÓN ¿No recordáis el estúpido escrito que ha osado dirigir al presidente de la Convención?

SANTERRE Casi lo recuerdo palabra por palabra. Dice: el que dos veces se negó a formar ministerio, reclama la honra de defender al Rey, previendo que por lo peligroso del cargo, serán muchos los cobardes que se negarán a admitirlo.

SIMÓN ¿Y el hombre que escribe eso, no es un imbécil?

SANTERRE Yo pienso, por el contrario, que es un hombre honrado y valiente.

SIMÓN ¿Sabes, ciudadano general, que tu cara afligida casi hace pensar?...

SANTERRE ¡Qué!

SIMÓN Que desapruebas la conducta de la Convención.

SANTERRE Sí que la desapruebo.

SIMÓN ¡Vive Dios! ¡Eso dice Santerre, el héroe

del 14 de julio y de tantas gloriosas jornadas!

SANTERRE Pues lo digo y lo repito.

SIMÓN Está visto que habéis heredado algo más que las charreteras del general Lafayette.

SANTERRE (Levantándose con ímpetu y sacudiendo un puñetazo en la mesa.) Zapatero Simón: soy Santerre y basta. Por esto te digo, imbécil, (Cogiéndole del brazo.) que debió matarse al tirano cuando sus tropas ametrallaban al pueblo, y no después de cinco meses mortales de cautiverio, que han servido para rehabilitarle y engrandecerle.

SIMÓN (Riendo sarcásticamente.) Sí, ¿eh?

SANTERRE Y tanto es así, por más que rías, que su condenación sólo se ha logrado por cinco votos de mayoría. Mañana es la ejecución. ¿Quién nos dirá lo que puede suceder mañana?

SIMÓN ¿Cómo?

SANTERRE Zapatero Simón; por más que te pese, has de confesar que yo conozco este pueblo mejor que tú y que los que como tú piensan. El pueblo no había visto al Rey más que de lejos y... rodeado de incienso y aduladores; no había visto nunca al hombre, y en esta habitación fría y solitaria los diputados, los municipales, los carceleros, han visto a un buen hombre vestido de luto como cualquier hijo de vecino, muy cariñoso con su familia y dedicado constantemente a la educación de su hijo. Y como si esto no fuese bastante, han visto también a la austriaca redimida por el infortunio y convertida en humilde sirvienta, han visto a una cariñosa niña y a un niño de rubia cabellera que arranca lágrimas a los ojos más secos.

SIMÓN ¡Oh en cuanto a éste... algunas veces le he hecho llorar!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Ya veréis cómo lo despavilo en cuanto me encargue de él, como parece ha decretado

la Comune. (Frotándose las manos y riendo.) ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja ! ¡ Ya veréis !... ¡ ya veréis !

SANTERRE ¿Y cómo ha escuchado su sentencia de muerte, ese hombre de tan vulgar apariencia? Tranquilo, resignado, como si no se tratase de él. Cuando el secretario del Poder Ejecutivo, pálido como un muerto, acabó de leer con voz trémula el decreto, Luis lo dobló tranquilamente, y sacando de su cartera una carta dirigida a la Convención, púsose a leerla con voz tan firme, que el ministro Garat se descubrió respetuosamente, admirado de tanto carácter. ¡ Ah ! ¡ Ya veis lo que han hecho los estúpidos ! convertir al tirano en un héroe y al Rey en una víctima. En resumen : que a la República le caerá la eterna mancha de haber muerto al hombre, y de haber dado suelta al tirano. He aquí porqué debía haberse hecho el 11 de agosto lo que van a hacer mañana.

SIMÓN El 11 de agosto o el 21 de enero lo mismo da para el caso. Es cuestión de días. ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

UN MUNI. Luis Capeto.

ESCENA II

LUIS XVI del brazo de MALESHERBES seguido de CLERY y de dos municipales y dichos.

(Al entrar el Rey, Simón se pone el gorro que se habrá quitado durante la escena anterior y vuelve a encender la pipa, con pedernal, sentándose a horcajadas grotesca e irrespetuosamente. Los demás municipales que estaban en pie y descubiertos cúbrense y se sientan, y los centinelas descansan sus armas que tenían al brazo.)

LUIS Sí, virtuoso Malesherbes ; vuestro afecto es mi última flor que encuentro al pie del patíbulo. (Adelantándose y viendo el continente de los municipales y soldados.) ¡ Ved cómo me tra-

tan en mis últimos momentos! (Acercándose a la mesa junto a la cual está sentado Santerre con la cabeza cubierta.) ¿Aun aquí, señor Santerre? ¿Acaso teméis que me escape? Perded cuidado... la mejor parte de mí huirá mañana sin falta... pero vos no la veréis.

SANTERRE Estoy esperando al ministro de Justicia, con la respuesta de la Convención... y esto para mi gobierno.

LUIS Y es muy justo... Entonces, si como es de prever, no se me concede la prórroga de tres días que he pedido antes de la ejecución, con vuestro permiso haré mi última comida. ¿Queréis servírmela, querido Clery?

CLERY (Llorando.) ¡Ah, señor!

SIMÓN ¡Qué es eso de señor! Ya se han acabado los señores en París.

LUIS (Tendiendo la mano a Clery.) Ya lo oís, Clery, llamadme amigo. (Clery le besa la mano.) Id, amigo mío. (Vase Clery por el corredor.)

SIMÓN Capeto tiene apetito. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

MALES ¡Miserable!

SIMÓN (Poniéndose de pie.) ¡Qué!

LUIS (Apretando fuertemente las manos a Malesherbes para que calle.) Vos me acompañáis esta noche, ¿no es verdad? Necesito preparar mis fuerzas para mañana. Recuerdo que Carlos I, antes de ir al patíbulo, se abrigó interiormente para evitar que la impresión del frío se atribuyese a miedo.

MALES. Señor: admiro vuestro valor.

LUIS (Bajo y estrechándole la mano.) (Bien lo necesito.) (Vuelve a salir Clery con una cesta de viandas y la deja sobre la mesa. Santerre se levantó durante la anterior escena.)

SIMÓN (Quitando de la cesta cuchillos y tenedores.) En la cárcel no se permite usar cuchillos ni tenedores.

LUIS Está bien; nos pasaremos sin ellos. (Clery pone tres cucharas sonriéndose.) Esos no ven sino puñales. Temen que me suicide. Por

fortuna no soy yo quien debe cometer el delito. Venid, Malesherbes.

MALES. Voy, señor.

SIMÓN ¡Dale con el señor! ¿Qué es lo que te da tanto valor?

MALES. El desprecio de ti y de la muerte.

LUIS (Se sienta en medio. Malesherbes a un extremo.) Sentaos, querido Clery. (Señalándole el otro extremo.)

CLERY ¡Oh!... ¡mi buen señor! (Se sienta sollozando.)

SANTERRE (¡Quién le hubiera creído capaz de tanta sangre fría!)

LUIS (Haciendo plato a Malesherbes.) Tomad, amigo.

MALES. (Llevando el pañuelo a los ojos.) ¡Imposible, señor! No tengo apetito.

LUIS (Después de ofrecer el plato a Clery que tampoco come, toma un pan, lo rompe y dice a Clery, ofreciéndole la mitad.) Lo haremos así.—Tomad, Clery; así se sabrá que Luis XVI ha partido el último pan con su fiel servidor. (Clery, al tomar el pan lo besa y lo guarda en el pecho.)

CLERY El fiel servidor lo conservará mientras viva.

SIMÓN ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Y cuánta comedia! (Levántase tarareando y da una vuelta a la mesa leyendo los rótulos de las botellas.) «Burdeos, Madera, Champagne.» No se dirá que no le tratamos a cuerpo de Rey.

CLERY (Procurando alejarle de la mesa.) ¡Ciudadano!...

SIMÓN ¿Qué tenemos? Come y calla; que no te verás en otra. A buen seguro que no os quejaréis de la hospitalidad del Temple.

LUIS No me quejo.

SIMÓN No se trataba tan bien a los presos cuando tú nos gobernabas; entonces pan y agua por todo gasto, y al que no le acomodaba, una cruz en la panza y pata. Tu manutención le cuesta a Francia diez mil francos mensuales, y durante tu reinado los obreros franceses no tenían pan para sus hijos, y muchos murieron de hambre. (Coge

una botella, se escancia un vaso y grita con entusiasm quitándose el gorro.) ¡ Viva la nación ! (Mientra bebe, los municipales y Santerre, todos de pie y descubiertos, responden :)

TODOS ¡ Viva ! (Menos Luis, Malesherbes y Clery.)

SIMÓN ¿Oyes, Capeto?

LUIS Os aseguro que no me ofende ese grito (Levantándose con el vaso en la mano.) ¡ Dios salve a Francia y la proteja ! (Bebe. Clery levant la mesa.) A propósito, Santerre; temo qu algunos realistas hayan concebido el proyecto de promover un motín para salvarme cuando me lleven al suplicio.

SIMÓN ¡ Hola !

SANTERRE ¿Cómo lo habéis sabido?

LUIS Me lo han hecho creer algunas voces qu oí esta mañana al salir de la sala de la Convención. Os ruego encarecidament que hagáis todo lo posible para evitarlo Deseo que mi sangre sea la última que s derrame.

SANTERRE No temáis ; la nación es fuerte, y la ley s cumplirá. (Mirando hacia el corredor.) El ministro Garat. (Luis alza los ojos al cielo.)

ESCENA III

Dichos, EL MINISTRO GARAT y algunos Convencionales

(Todos se levantan y se descubren. Los centinelas presentan las armas.)

GARAT (Descubriéndose.) Luis ; os traigo la contestación del Consejo. La Convención Nacional, ha pasado a la orden del día sobre la prórroga. (Luis inclina la cabeza.) La sentencia debe ejecutarse a las ocho de la mañana inmediata. Corre el rumor de una conspiración realista, y esto ha obligado a anticipar la hora .

LUIS Entonces bien hace el Consejo en apresurar mi muerte... se lo agradezco.

GARAT La Convención os concede además, que pueda acompañaros el abate Firmon. (Simón, los municipales y Santerre se sorprenden y murmuran.) Ya se le ha pasado aviso.

LUIS ¿Y mi familia?

GARAT Se os permitirá verla libremente y sin testigos.

LUIS ¿Nada más?

GARAT La nación, siempre grande, piensa en todo. El Delfín tendrá un ayo que cuide de él.

SIMÓN (Ese soy yo.)

LUIS Está bien. ¿Y en dónde podré ver a mi familia?

GARAT En esta habitación. La haremos bajar cuando os plazca.

LUIS Dejadme hablar antes con el abate Firmon.

GARAT Estará aquí al momento.

LUIS (Mirando el reloj.) Todavía he de pediros un favor.

GARAT Hablad.

LUIS Si mi familia ignora mi sentencia, deseo que no se la comuniquen.

GARAT La Convención lo ha prohibido rigurosamente.

LUIS Mejor que mejor. Así podré estar tranquilamente un rato con los míos y les podré preparar para tan terrible golpe.

ESCENA IV

Dichos y EL ABATE FIRMON

FIRMON (Desde la puerta.) ¡Heme aquí! (Luis le tiende la mano y el abate hace ademán de arrodillarse.)

SIMÓN (Deteniéndole.) ¡Phs! (El abate se detiene.)

LUIS Gracias, señor abate, por haber accedido a los ruegos de un agonizante.

FIRMON Los ruegos del hijo de san Luis eran una

honra para mí y debía escucharlos aunque fuese a costa de mi vida.

LUIS (A Garat.) Todavía he de pediros otro favor, señor ministro. Quisiera que este buen sacerdote no fuese perseguido ni mortificado por el acto de caridad que va a ejercer.

GARAT Será como lo deseáis.

LUIS Y la misma gracia imploro en favor de mi viejo Malesherbes por los generosos servicios que ha venido a prestarme en la cárcel y ante la Convención.

MALES. No paséis cuidado por mí, señor; el viejo Malesherbes tenía que cumplir la palabra dada al amigo, y la ha cumplido calculando de antemano todas las consecuencias... A setenta y dos años, señor, sólo se temen los remordimientos, y yo no los tengo.

LUIS (Señalando al cielo.) ¿Cuándo y dónde volveremos a vernos?

MALES. (Con efusión.) No; mañana, aquí, antes de las ocho.

LUIS (Echándole los brazos al cuello.) Alma grande; te espero. (Malesherbes, después de abrazar al Rey, cruza lenta y dignamente la escena y sale.)

SIMÓN (A Garat.) Pregunto yo al ciudadano ministro: ¿De qué modo ha de ver Capeto a su familia?

GARAT He dicho que a solas.

SIMÓN Pero según la orden de la Comune, no debemos perderlos de vista ni un momento.

GARAT Está bien; salid al corredor, y desde allí podréis vigilarlo todo. (En este momento entra Santerre.)

LUIS No veréis más que lágrimas.

GARAT (A Santerre.) Vos, ciudadano Santerre, os encargaréis de la familia.

LUIS (A Santerre.) ¡Por Dios!

SANTERRE Sé mi deber.

GARAT (Al salir con Santerre le dice bajo.) (No ha sabido ser héroe sino en la cárcel.)

SANTERRE (Y probablemente en el cadalso.) (Cuando han salido Garat y Santerre, los Convencionales vuelven a cubrirse.)

FIRMON (Al notarlo.) ¡ Animo, señor !

LUIS Ya estoy acostumbrado. Clery, ¿queréis encender las luces de mi oratorio?

CLERY ¡ Voy, señor ! (Entra en el oratorio.)

SIMÓN Y nosotros, ciudadanos, a tomar el fresco. (Salen todos los Convencionales y en cuanto han desaparecido, se oye el canto de la Carmañola o del «Ça ira.)

ESCENA V

LUIS y FIRMON ; CLERY (en el oratorio.)

LUIS (Dejándose caer en un sillón.) ¡ Por fin !

FIRMON ¿Qué cantan?

LUIS Una grosera canción en la que se injuria a la Reina. Os ruego que me perdonéis el insulto que por mi causa habéis recibido.

FIRMON Señor, yo soy, por el contrario, quien debe inspiraros fuerzas para perdonar a vuestros enemigos.

LUIS Es verdad... Mas para quedar solo con vos hasta los últimos momentos, necesito separarme de la tierra... No dudo del valor del Rey, del hombre, del cristiano ; pero sí del valor del marido, del hermano, del padre, y necesito vuestras oraciones.

CLERY (Entrando.) Todo está dispuesto en el oratorio.

LUIS (Al abate.) Cuando queráis...

FIRMON Ahora mismo .

LUIS Y no salgáis de allí por ahora. Vuestra presencia podría... Rogad por mí...

FIRMON (Conmovido.) Os lo prometo. (Clery va a abrir el oratorio, débilmente iluminado por una lámpara y en el cual se ve un altar con un crucifijo. Cuando ha entrado Firmon, Clery cierra la puerta.)

LUIS Cerrad bien, Clery. Decid, ¿cuando fuis-

teis a preguntar a mi hermana la dirección del abate Firmon, se asustaron?

CLERY — Al pronto, sí; pero yo les aseguré que vuestra majestad no lo pedía sino para el caso de que la Convención... (El llanto no le permite continuar.)

LUIS — Bien : no lloréis... Si después de mi muerte os dejan permanecer al lado de mi familia... os recomiendo a mi pobre Delfín.

CLERY — (Postrándose a los pies del Rey, sollozando.) ¡ Señor !

LUIS — Alzaos. En mi testamento os recomiendo a la Convención, y os lego mis vestidos y todo lo que se encuentre sobre mí.

CLERY — Señor, señor ...

LUIS — (Abrazándole.) Basta. Poned sobre la mesa un vaso de agua y una vinagrera por si la Reina...

CLERY — Comprendo. (Lo hace.)

LUIS — Pronto ; oigo pasos... se acercan...

CLERY — Ya está, señor .

LUIS — Entrad en el gabinete. (Clery se va.) ¡ Valor ! (Abrese la puerta del foro y Luis abre los brazos a todos los que entran, que se precipitan hacia él. La Reina le echa los brazos al cuello ; Isabel le coge una mano y echándole el otro brazo a la espalda apoya la cabeza en el pecho del Rey ; madame Real le abraza la cintura y el Delfín, de rodillas, le abraza las piernas.)

ESCENA VI

MARÍA ANTONIETA, llevando de la mano al DELFÍN, MADAME ISABEL, MADAME REAL y dichos. (Pausa interrumpida por los sollozos.)

LUIS — Sentémonos en este sofá. (Siéntase en el sofá junto con la Reina, madame Isabel, madame Real y el Delfín arrodillados a sus pies.)

ISABEL — ¿Cómo ha sido, hermano, que la Convención nos haya otorgado esta entrevista?

LUIS — Se lo he rogado con tanta insistencia...

MARÍA A. — El procurador de la Comune me ha ase-

gurado que hace ya tiempo que nos habrían permitido reunirnos como antes, a lo menos para comer, si vos lo hubieseis pedido.

M. REAL ¿Por qué no lo habéis querido, señor?

LUIS Llamadme padre.

M. REAL ¡Oh! sí; padre, padre. ¿Pero por qué no lo quisisteis? Entonces casi éramos felices. Sin duda por esto han querido separarnos, ¿no es verdad?

ISABEL Vieron que nos queríamos demasiado.

LUIS El Consejo había decretado que os quedaseis conmigo o acompañaseis a la Reina, y yo acepté la segunda condición.

MARÍA A. (Besándole la mano.) Gracias, Luis.

LUIS Y si no pedí antes que me permitiesen esta entrevista, fué porque esperaba poder daros una buena noticia...

MARÍA A. Y hoy...

ISABEL Hablad.

M. REAL Decid.

MARÍA A. ¿Hay esperanzas?

LUIS Calma... os lo ruego. Mi proceso no ofrece grandes esperanzas.

MARÍA A. ¡Se ha fallado! (Queriendo leer en sus ojos.)

LUIS Poco falta... y mucho me temo que seré condenado...

TODOS ¡Cielos!

MARÍA A. ¡Ah!

ISABEL ¿Al destierro?

MARÍA A. ¿A la reclusión?

LUIS Sí; creo que a la reclusión.

MARÍA A. ¿Solo?

LUIS Solo.

M. REAL ¡Oh! ¡qué crueldad!

DELFÍN ¿Sin nosotros?

ISABEL ¿Y en dónde?

LUIS Lejos... muy lejos...

MARÍA A. (Impaciente.) Pero, ¿en dónde?

LUIS (Vacilante y mirando la puerta del oratorio.) No sé... en un lugar lejano, de donde no es fácil volver.

MARÍA A. ¡ Ah ! (Pausa, solemnes sollozos.)

LUIS No os desesperéis; no perdamos esos preciosos momentos; después lloraréis. Tengo que deciros muchas cosas. He de dejaros algunos recuerdos. Dejadnos solos un momento con la Reina. Entrad en aquel gabinete; allí encontraréis a Clery.

ISABEL Vamos. (Llevándose a los niños.)

DELFÍN (Dirigiéndose al oratorlo.) Tía, entremos en el oratorio a rogar por papá.

MARÍA A. (Cogiendo la mano a Luis.) ¿Los alejasteis para decirme que os han condenado?

ISABEL (Al abrir la puerta del oratorio y al ver al abate de rodillas.) ¡ Dios mío !

LUIS (Volviéndose hacia ella.) ¿Qué sucede? ¿qué pasa? (Firmon que se ha levantado, adelántase hacia la puerta del oratorio y María Antonieta comprendiéndolo todo, dice horrorizada.)

MARÍA A. ¡ A muerte ! (Madame Isabel y los niños se precipitan hacia Luis y le abrazan de nuevo.) ¡ A muerte ! (Le da un temblor convulsivo y cae desmayada en el sofá; Firmon acércase a María Antonieta.)

FIRMON ¡ Se ha desmayado !

LUIS (Yendo por el agua.) Me lo temía. (Todos rodean a la Reina.)

M. REAL ¡ Dios de bondad ! ¡ Sadvadla !

LUIS ¡ María Antonieta !

ISABEL ¡ Hermana !

DELFÍN ¡ Mamá ! (María Antonieta abre los ojos. Mira a todas las personas y todos los objetos como si despertase de un sueño, pero no ve al abate que se habrá quedado detrás del sofá.)

MARÍA A. ¡ He tenido un sueño espantoso !... (En este momento el abate se pone ante sus ojos y al verle María Antonieta exclama, aterrada:) ¡ No, no fué un sueño ! (Corre hacia Luis, le echa los brazos al cuello y cogiéndole la cabeza la estrecha contra su seno, exclamando:) ¡ Caiga la cólera de Dios sobre los regicidas !

FIRMON Señora; en este lugar y en estos momentos, sólo deben proferirse palabras de perdón.

LUIS ¡ Ah ! sí ; porque yo... (Hace una seña al abate para que salga con su hermana e hijos.)

FIRMON Dejémosle un momento. (Salen todos.)

LUIS (Tomando la mano a María Antonieta.) Oíd, amiga mía. Como Rey, creo que de pocas cosas tengo que arrepentirme. Consuélame la íntima convicción de que cualquier otro soberano, arrastrado por el torbellino de una revolución, preparada por espacio de siglos, habría tenido el mismo fin que a mí me ha deparado la Providencia. No matan a Luis XVI, no ; matan a la monarquía. Yo subí al trono como víctima expiatoria del despotismo de Luis XIV, de los escándalos de la Regencia, de las liviandades de Luis XV. Ya sabéis que cuando me entregaron la corona de mis mayores me postré de hinojos, exclamando : «¡ Dios mío, qué desgracia para mí !...»

MARÍA A. Lo recuerdo.

LUIS Todo lo había previsto. Pero como hombre y como esposo, tengo que acusarme ante vos de graves faltas.

MARÍA A. ¡ Ante mí ! ¡ Vos !

LUIS Sí, amiga mía ; y necesito que me perdonéis todas las penas, todas las humillaciones, tormentos y ultrajes que yo no he sabido evitaros, y vos habéis soportado tanto tiempo por mi culpa.

MARÍA A. ¡ Qué decís ! ¿ Queréis hacerme morir a vuestros pies de vergüenza y de remordimientos ? ¡ Oh ! ¡ Luis ! Yo soy la extranjera, la austriaca, que con sus amistades, con sus rencores y con su ambición, ha suscitado contra vos tantos odios... yo he sido la causa de los sangrientos motines, yo la autora de la fuga de Varennes... yo la culpable, la predestinada, la maldita que cae a vuestros pies pidiéndoos que la perdonéis y que le deis vuestra bendición. (Cae de rodillas.)

LUIS ¡ Qué hacéis ! (Volviendo los ojos al oratorio y a la puerta del corredor, detrás de la cual miran de cuando en cuando los municipales.)

MARÍA A. ¡ Dejadme ! Nunca os he visto tan grande como en este momento.

LUIS Levantaos... ¡ Pobre esposa mía ! Si creéis tener algún remordimiento, Luis XVI moribundo os absuelve y bendice... Ahora, ya puedo morir tranquilo, y vos vivir resignada.

MARÍA A. ¡ Ah !. Sois la misericordia de Dios.

LUIS (Después de una pausa.) Quiero dejaros un recuerdo, (Saca una cajita.) insignificante para una reina, pero no para una madre. Este medallón no contiene piedras preciosas, sino cabellos de todos nuestros hijos, y entre ellos algunos del primer Delfín. (Entregándole el medallón.) No tengo otra cosa que daros.

MARÍA A. (Besándole y guardándoselo en su seno.) Gracias : gracias. (Pausa.)

LUIS Ahora llamemos...

MARÍA A. Aguardad. (Dejando caer la cabeza sobre el pecho de Luis.)

LUIS ¿Tenéis algo que decirme todavía?

MARÍA A. ¡ Me hace tanto bien llorar sobre vuestro pecho !

LUIS ¡ Oh ! si pudiésemos estar siempre así... pero, ¿y los otros?

MARÍA A. (Levantando la cabeza.) Es verdad.

LUIS Llamadles ; os lo ruego. (Se sienta en el sofá.)

MARÍA A. (Abriendo la puerta del oratorio.) Venid. (Todos se acercan al sofá. María Antonieta detrás de todos, y rodean a Luis que se ha cubierto el rostro con las manos.)

ISABEL ¡ Hermano !

M. REAL ¡ Padre !

DELFÍN ¡ Papá !

LUIS (Levanta la cabeza, tiende una mano a Isabel y otra a sus hijos que le besan llorando.) ¡ Hermana ! Vamos a separarnos muy pronto ; pero un día... (Señalando a María Antonieta que está de pie entre Luis e Isabel detrás del sofá.) todos nos vol-

veremos a ver. No os recomiendo que améis y consoléis a la viuda de vuestro hermano, porque siempre fuisteis para ella una cariñosa hermana; pero desde hoy os necesitará más... No os separéis nunca. (María Antonieta e Isabel se abrazan.) Tampoco os diré que améis a mis hijos, porque siempre fuisteis para ellos su segunda madre... pero sí encargo a ellos que os respeten como siempre me han respetado a mí, y que se amen mutuamente como nosotros nos hemos amado. (Madame Real y el Delfín se abrazan y se besan.)

M. REAL ¡Sí, sí!

LUIS (A madame Real.) Mi querida hija, os dejo como un ángel de consuelo cerca de vuestra madre.... amadla y respetadla. No deseo que Dios os depare un regio enlace; pero si así fuese, recordadme a menudo a vuestro esposo, como un ejemplo de las vicisitudes de la suerte y de la fragilidad de las grandezas humanas... Y tú, mi pobre Delfín, (Poniéndoselo en las rodillas.) no eches de menos el trono que tu padre no ha podido conservar; y si algún día, ¡no lo permita Dios! llegas a subir sus gradas, desecha toda idea de venganza; recuerda que el Rey, tu padre, ha perdonado, como Nuestro Señor Jesucristo, a sus verdugos... Y ahora, recibid mi postrera bendición. (Todos se arrodillan. El Rey pone las manos sobre sus cabezas. Pausa, durante la cual sólo se oyen sollozos.) ¡Señor! ¡No puedo más!... (Muy concentrado y con voz espirante, dominado por el llanto que procura ocultar. En este momento sale el abate Firmon del oratorio, se acerca a Luis, le hace seña de que ha llegado el momento de separarse de su familia y empieza a encaminarse otra vez hacia el mismo oratorio; Luis hace un esfuerzo supremo, salta del sofá, y va en pos del abate, diciendo a su familia:) ¡Adiós! (Todos se apoderan de él y rodeado de este grupo va dirigiéndose lentamente al oratorio.)

ISABEL ¿Nos volveremos a ver?

LUIS Sí.

M. REAL ¿Mañana por la mañana?

LUIS Sí.

MARÍA A. ¡A las ocho!

LUIS Antes... adiós... adiós... (Suéltase con un movimiento desesperado y entra en el oratorio, que el abate cierra interiormente con llave. María Antonieta, a la cual se han abrazado los demás, grita dolorosamente:)

MARÍA A. ¡Luis! ¡una palabra: una sola palabra!

ISABEL ¡Por piedad!

M. REAL ¡Abrid!

DELFÍN ¡Papá!

MARÍA A. ¡Misericordia, Señor! (Rendida por el dolor y formando todos juntos un grupo artístico. Mientras baja el telón se oye cantar La Carmañola en el corredor.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

El 21 de enero de 1793

Habitación de la Reina en el Temple. En el foro, ventana. Puerta a la derecha que conduce a la estancia de madame Isabel: en el mismo, primer término, puerta de entrada. A la izquierda un biombo tras del cual se supone el lecho de María Antonieta, y delante la cama del Delfín. Mesita redonda con una lamparilla próxima a apagarse. Entre las dos puertas de la derecha, chimenea cuyo fuego casi se extingue. Dos pequeñas poltronas y algunas sillas.

ESCENA PRIMERA

EL DELFÍN dormido en su cama, cubierto con una manta. MADAME REAL dormida también en una de las poltronas, abrigada con un manto y con sueño tranquilo. MADAME ISABEL y MARÍA ANTONIETA sentadas junto a la cama del Delfín. La Reina apoya la cabeza en el seno de Isabel.

ISABEL Hermana, estáis fatigada. Ya os lo había dicho: estáis temblando de frío. (Procurando cubrirla con su abrigo.)

MARÍA A. ¿Y vos, hermana?

ISABEL ¡Oh! yo...

MARÍA A. ¿No tenéis frío?

ISABEL Un poco. Esto pasa siempre cuando se pierde la noche... Y aquí no hay modo de

calentarse. Se ha acabado la leña, y hasta las ocho no podremos volver a pedir...

MARÍA A. (Animándose.) ¡A las ocho!

ISABEL Si os hubieseis acostado algunos momentos... ¡Y tanto como os lo he rogado!

MARÍA A. ¡Acostarme en una noche como esta! ¿Habéis podido hacerlo vos? ¿Lo habéis querido?

ISABEL Yo soy más fuerte, más joven: no estoy enferma... (Levantándose.) Dejad al menos que vaya a buscar una manta o un abrigo para cubriros un poco.

MARÍA A. (Señalando a sus hijos.) Ya están empleados.

ISABEL (Dándole un beso.) ¡Pobre madre! Voy por los míos.

MARÍA A. Si son para mí, no hacen falta. Si no fuese sino el frío. (Levantándose y abrigando a sus hijos.) Con tal que éstos no lo tengan... no lo siento... (Da algunos pasos para entrar en calor.) Tengo aquí, en la cabeza, un calor que me abrasa... Tocad.

ISABEL (Poniéndole la mano en la frente.) ¡Si tenéis calentura!

MARÍA A. (Lentamente.) No... no... ¿Qué hora es? Antes de la media noche las he contado todas: pero después me dió miedo, y al salir vos un momento, paré el reloj... ¡Oh! ¡Así hubiese podido parar la inexorable marcha del tiempo!

ISABEL Me parece que van a dar las siete.

MARÍA A. (Estremeciéndose.) ¡Las siete!

ISABEL Así parece anunciarlo esa agonizante lamparilla.

MARÍA A. ¡Agonizante!

ISABEL Aguardad. (Va a la ventana.) Ya ha amanecido. La mañana es fría y nebulosa; ya estamos a 21 de enero.

MARÍA A. (Alzando los ojos al cielo.) ¡El día fatal!

ISABEL ¿No os parece, hermana, que podríamos despertar a nuestros hijos?

MARÍA A. ¡Despertarles cuando la piadosa naturaleza les otorga tan benéfico sueño!... No,

no... (Poniéndose el dedo en los labios en señal de silencio y llevándose a Isabel lejos de la cama.)

ISABEL ¿Y si viniesen para hacernos bajar a su habitación? El dijo antes de las ocho.

MARÍA A. Lo cual quiere decir que a las ocho... Antes de esa hora no vendrá nadie para hacernos bajar a la habitación del pobre condenado...

ISABEL ¡Qué decís!

MARÍA A. Nadie, creedme. El lo sabía, hermana; él sabía que no nos volveríamos a ver; pero... quiso dejarnos esa esperanza. Yo lo comprendí desde luego y por esto me visteis llamar tan desesperadamente en la puerta del oratorio. Sus palabras, sus miradas, todos sus movimientos, revelaban la angustia de la última despedida.

ISABEL Pero yo no puedo renunciar a la esperanza de volverle a ver. Ya es de día. (Volviendo a la ventana.) Habrán dado las siete. (Apaga la lamparilla.) Van a venir.

M. REAL (Que se agita hace rato presa de terribles sueños.) ¡Ah!

MARÍA A. ¿Qué tiene? (Corriendo hacia ella.)

ISABEL ¿Sueña? (Corriendo hacia ella.) ¡Pobrecilla! ¡Cómo suda!

M. REAL (En sueños.) ¡No! por piedad... dejadle... Dios mío... ¡Un rayo!... Muerto... (Levántase despertando.)

MARÍA A. ¡Hija mía!

M. REAL (Mirando en torno con asombro.) Era un sueño, ¿no es verdad? Era un sueño. (Rompe en llanto.) ¡Vive todavía! ¡No ha partido!

ISABEL No, no.

M. REAL ¡Ah! ¿Y mi hermano? ¡Duerme! (Viéndole.) ¡Pobrecito! ¡Oh! ¡despertadle, por caridad! Que no sueñe. Se sufre tanto... Pero ya es de día y no han venido a llamarnos.

ISABEL Ya vendrán. Ya están aquí. (Oyese el ruido de correr los cerrojos. María Antonieta mira con terror a la puerta.)

ESCENA II

Dichos y SIMÓN

MARÍA A. ¡ Simón !

ISABEL ¿ Hemos de bajar?

SIMÓN ¿ Adónde?

M. REAL Al cuarto del Rey.

SIMÓN ¡ Qué Rey ni qué niño muerto ! Yo veng a pasar registro, como de costumbre, y n entiendo una palabra de todo esto. Lueg que a Capeto, ya le importará un comin su familia en estos momentos.

ISABEL Pero él nos había prometido...

SIMÓN ¿ Y cuándo ha cumplido Capeto su pala bra? ¿ En dónde está el mocito?

MARÍA A. (Temblando y señalando la cama.) No temáis está allí.

SIMÓN (Apoyándose en la baranda de la cama.) ¡ Ah ¡ Duerme el tunantuelo ! No se puede ne gar que tiene bonitos los cabellos... (Tocá dolos.)

DELFÍN (Despertando espantado y sentándose en la cama ¡ Mamá ! ¡ Mamá !

MARÍA A. (Abrazando al Delfín.) ¡ Apártate, cruel !

SIMÓN (Alejándose.) Ese lenguaje se os podía tole rar cuando erais Reina ; pero hoy os sien ta muy mal, María Veto. ¿ Qué mal hag en decir que me gusta? ¡ No sé qué dañ le he hecho ! A mí no me gustan los ch quillos, lo confieso ; pero si éste fues mío... si yo debiese cuidar de él... ¡ Ja ¡ ja ! ¡ ja !

ISABEL ¡ Por piedad ! ¡ No insultéis nuestro dolor

DELFÍN (A su madre, que le baja del lecho.) Mamá, ¿ cuá do vamos a ver a papá? ¿ Nos lo han pr hibido?

SIMÓN No ; tu padre es quien no ha querido pe mitirlo.

DELFÍN ¿ No ha querido?

MARÍA A. ¡ El !

SIMÓN No. Dejad que os explique cómo ha pasado la última noche.

MARÍA A. (Con terror y ansiedad.) Hablad.

SIMÓN Hasta las doce estuvo en su oratorio con el confesor. Después durmió tranquilamente hasta las cinco de la mañana. A esta hora, para terminar a modo de Rey... ¡ ja ! ¡ ja ! ¡ ja !... llamó a su Clery y se hizo vestir y peinar : oyó misa y comulgó, y preguntándole el general Santerre al salir del oratorio si quería que hiciese bajar a su familia, le respondió : «No ; se lo había prometido, pero ya no pertenezco a la tierra : he tomado el viático y voy a partir...» En efecto, al dejarle yo, iba a emprender el camino. (Oyese gran redoble de tambores que hace estremecer a toda la familia, la cual se junta en un grupo.) La señal de la partida... ¡ Viva la nación ! (Sale rápidamente agitando el gorro frigio y cerrando la puerta.)

MARÍA A. Podía darnos un último consuelo y no ha querido ; respetemos su voluntad. (Los tambores van alejándose tocando marcha con los parches destemplados. Cuadro de dolor. Cuando se ha perdido el son de los tambores dice:) ¡ De rodillas !... (Todos se arrodillan.) ¡ Señor !... (Los sollozos la impiden continuar.)

M. REAL ¡ Dios todopoderoso, acoged el alma de nuestro pobre padre ! (No puede seguir.)

ISABEL ¡ Y consolad a su esposa y a sus hijos en este valle de lágrimas !

ESCENA III

Dichos y MALESHERBES

MARÍA A. ¡ Malesherbes ! (Todos le rodean.)

ISABEL ¿ A qué viene el fiel amigo ?

MALES. A cumplir un doloroso encargo. Ayer prometí al Rey que esta mañana antes de las ocho iría a recoger sus postreras palabras

y sus últimos recuerdos para su familia...

MARÍA A. ¿Habéis estado con él hasta el último momento?

MALES. Mientras he podido.

TODOS Hablad, hablad.

MALES. (Entregando un papel a María Antonieta el cual ella lo besa.) Tomad, señora; es su testamento.

ISABEL ¿Qué más?

MALES. Después me dirigió estas palabras: «Decid a mi esposa, a mis hijos y a mi hermana, que me perdonen si esta mañana no les hice llamar. No tuve valor para una segunda despedida y necesitaba todas mis fuerzas para morir como Rey y como cristiano. Si os encontráis cerca del lugar donde espero triunfar de la muerte, recoged mis últimas palabras para repetirlas a mi familia.

ISABEL ¿Y... qué dijo?

MALES. «Muero inocente, perdono a los autores de mi muerte, y ruego a Dios que no haga caer sobre Francia»... Iba a continuar pero a una seña de Santerre... redoblaron los tambores... y todo acabó... ¡No lloréis; es mucho más feliz que nosotros!

ESCENA IV

Dichos, DANTON, SIMÓN, municipales y soldados

DANTON Ciudadano Malesherbes...

MARÍA A. (Aterrada.) ¡Danton!

MALES. ¿Es a mí a quien busca el comité de Salud pública?

DANTON No. (Mirando a María Antonieta.) Pero como la Convención Nacional os ha procesado, estimo oportuno arrestaros donde os encuentro.

MARÍA A. ¡Arrestarle!

ISABEL ¿Y por qué? ¿Porque defendió al Rey?

MALES. Me lo esperaba. De la guarida de los ase

sinos de Septiembre, veo salir azuzada por vosotros una fiera, una dictadura furibunda que cubrirá a París de patíbulos y cadáveres. La posteridad admirará el patriotismo, la virtud y el heroico valor de París contra la monarquía; pero no sabrá explicarse su ignominioso servilismo ante una turba de bandidos que se utilizan de las ventajas de esta revolución, justa en principio, pero desacreditada por sus torpes procedimientos, y que acabarán por venderse al primer tirano que quiera comprarlos.

ANTON (A los soldados.) Prendedle.

SABEL ¡Ah! ¡no!

IALES. Ciudadano Danton. Tengo setenta y dos años y los he consagrado a la ciencia y a la humanidad. He defendido a Luis XVI como hubiese defendido a todo semejante que hubiese pedido mi auxilio: obrando así, he cumplido con mi conciencia. ¿Cumpliréis vos siempre con la vuestra?... Ahora llevadme, que a mi edad no se teme la muerte. En cambio, quiera Dios que no tengáis que llorar el haber contribuído a la ruina de la República. (Se lo llevan los soldados.)

ESCENA V

Dichos, menos Malesherbes y soldados

ARÍA A. ¡También él!

ANTON (A María Antonieta.) Tenemos que hablar, señora.

ARÍA A. ¡En estos momentos!

ANTON Lo que debo deciros es de mucha trascendencia para vuestra propia seguridad, y por lo mismo no consiente demora. El Consejo ha prometido a Luis Capeto que velaría por su familia, y está resuelto a cumplir fielmente su palabra. Permitidme, pues, señora, que os exponga las con-

diciones con las cuales la Convención Na
cional entiende realizarlo.

MARÍA A. ¿Qué queréis de mí?

DANTON Poca cosa, señora. Parece ser que las po
tencias extranjeras, y muy particularmen
te vuestro sobrino el Emperador y el Re
de Prusia, no escarmentados por las de
rrotas que acaban de sufrir, se están pre
parando para vengar a Luis XVI.

MARÍA A. (Quiéralo Dios.)

DANTON (Sacando un papel del bolsillo.) Así pues; l
Convención os pide que firméis este ma
nifiesto que se enviará a las potencias
se publicará en París. Hoy tendrá má
mérito, señora. (Va a entregarle el papel que ell
no toma.)

MARÍA A. ¿Hoy? Leed vos mismo.

DANTON Con mucho gusto. (Lee.) «María Antonieta
viuda de Luis XVI, madre y tutora d
Luis Carlos, Delfín de la Francia, tant
en su propio nombre como en el de su ex
presado hijo, declara a las potencias ar
madas y a las que en lo sucesivo se arma
sen por su causa, que desaprueba seme
jante proceder y rechaza todo auxilio ex
tranjero. Reconoce, aprueba y confirma
todos los cambios políticos hasta hoy le
gítimamente realizados en el reino.»

MARÍA A. ¡Qué!

DANTON (Fríamente.) Esperad.—«No quiere que po
su causa ni por la de su hijo se derram
una sola gota de sangre, porque prefier
la tranquilidad de ambos, al esplendor y
las amarguras del solio. Acepta del go
bierno de la República, la libertad y l
decorosa posición que le ofrece, en cam
bio de una grandeza que su corazón n
ambiciona y de la cual ansía preservar
su hijo. Manifiesta por último a dicha
potencias, que sus amenazas contra l
República no servirán sino para prolon
gar el cautiverio de una familia desventu

rada, o quizás para hacer su suerte más infausta y deplorable todavía.» (Lentamente y mirando a María Antonieta de hito en hito, dice al entregarle el documento.) Sólo falta la firma. (Durante la lectura, Isabel con los niños han estado oyendo a distancia. A su terminación y por indicación de Isabel, se adelanta el Delfín hasta su madre, y la dice.)

DELFÍN Firmad, mamá; firmad.

MARÍA A. (Levantándose con dignidad reprimiendo el enojo que le ha producido la lectura, dice:) ¿Sabéis lo que me pedís? ¿No comprendéis que lo que quieren es envilecer y deshonrar a la viuda de Luis XVI? ¡Cómo he de declarar a la faz del mundo entero que fué legítimamente derramada la sangre de mi esposo! No, nunca. Pongo a Dios por testigo de que si en estos momentos hubiese de invocar su auxilio y el de los príncipes extranjeros, lo haría con toda mi alma para pedir el extermino de los que pretenden usurparos el trono después de haber asesinado a vuestro padre. (Con exaltación.) Esto es lo que os pido, Dios mío, y ojalá sea pronto.

DANTON Lo que sucederá es otra cosa muy distinta, señora; y os aseguro que lo siento vivamente. Desde el momento que el Comité de Salud pública no puede lograr sus conciliadores propósitos, no queda más remedio que cumplir el decreto de la Convención Nacional. (Dobla el documento.)

MARÍA A. ¡El decreto!

ISABEL ¿Cuál?

DANTON Un decreto cuya pronta ejecución está encomendada al ciudadano Simón.

MARÍA A. (Aterrada.) ¡Simón!

DANTON (Volviéndose a Simón.) Al momento. (A María Antonieta.) El Comité de Salud pública proveerá sobre lo demás... Tal vez os arrepintáis, señora, de vuestra negativa. (Vase.)

MARÍA A. (A Simón.) ¿Qué decreto es ese?

SIMÓN (Sacándolo del bolsillo.) Nada; no hay que espantarse. Como la Convención Nacional había prometido a Luis Capeto que se encargaría de la educación de su hijo, ha acordado nombrar ayo del ex Delfín al municipal Simón.

MARÍA A. ¡Tú! (Indignada y acercándose a su hijo como para defenderle.)

SIMÓN Yo. Por consiguiente, debe serme entregado sin dilación.

MARÍA A. (Desesperada.) ¡Dios mío! ¡Separarme de mi hijo!

M. REAL ¡De mi hermano!

DELFÍN (Espantado.) ¡Mamá! ¡Mamá!

MARÍA A. Antes morir. (Lo toma en brazos y lo echa en la cama cubriéndole con su cuerpo.)

ISABEL ¡Parece imposible tanta crueldad!

M. REAL Tomadme a mí y dejad al Delfín.

SIMÓN No puede ser, muchacha; el decreto es terminante.

MARÍA A. (Al Delfín, que está llorando.) No, hijo mío; no.

SIMÓN Vaya, señora; no hay que desesperarse. Al fin y al cabo lo que puede asustaros, es la fama que han echado de que yo aborrezco a los muchachos; pero yo os aseguro que el vuestro me es simpático... y ¡qué demonio!... hasta me parece que le quiero... Yo le haré reir... le contaré historietas chuscas... le enseñaré todas las canciones que yo sé, y veréis cómo haremos buenas migas. (Acercándose a la cama.) ¡ea, en marcha!

MARÍA A. ¡Atrás, infame! Apártate; porque me siento capaz de despedazarte. Atrévete a tocarle un sólo cabello... uno tan sólo, y verás lo que puede la desesperación de una madre. ¡Infame! ¡Infame! ¡Infame! (Simón, intimidado, retrocede unos pasos. Isabel y madame Real se acercan a María Antonieta para calmarla.)

SIMÓN Vaya, para daros tiempo de calmaros, os concedo cinco minutos. (Mira el reloj de la

chimenea y se sienta.) Pero os prevengo que no saldremos de aquí sin llevarlo con nosotros.

MARÍA A. Será cuando me hayáis muerto.

SIMÓN (Levantándose y desenvainando el sable.) Entonces acabemos.—Venid. (A los municipales y soldados que entran sable en mano.)

ISAB. Y M. RE. ¡Misericordia! (Arrodillándose a los pies de Simón.)

DELFÍN Ya os sigo... ¡No matéis a mi madre!

MARÍA A. (Deteniendo al Delfín en el lecho.) ¡Antes la muerte!

SIMÓN (Corriendo hacia la cama con los suyos.) En este caso no es a vos a quien mataremos, sino a él.

MARÍA A. (Tendiendo los brazos.) No: no... atrás. Esperad un momento... Ya os lo entregaré... (Llorando desesperadamente.) Concededme... una hora... media hora... diez minutos... cinco...

SIMÓN Ya hemos esperado bastante.

MARÍA A. Pues... ¡cúmplase la voluntad de Dios! (Toma en brazos al Delfín, que le echa los suyos al cuello, y cae en una silla próxima a la cama. Delfín sollozando.)

DELFÍN ¡Mamá... mamá! ¿Por qué me separan de ti?

MARÍA A. ¡Hijo mío! (Isabel y madame Real abrazan al Delfín.)

ISABEL Valor... hermana, valor.

MARÍA A. (Después de una lucha, exclama:) Obedezco... os lo entrego... (Da un paso con el Delfín y retrocede) ¡Oh!... no... no... no. Soy madre. Compadecedme... (Vuelve a dar un paso y dice:) ¡No lo maltratéis!... ¡Es tan bueno!... pobrecito... no le enseñéis a odiar a su madre... os lo suplico de rodillas... (Se arrodilla.)

SIMÓN No... no... os lo prometo. (Va a cogerle.)

MARÍA A. (Sin levantarse.) ¡Otro beso... otro... otro! (Simón coge al Delfín en brazos y corre hacia la puerta: éste tendiendo los brazos con espanto, dice:)

DELFÍN ¡ Mamá !

MARÍA A. ¡ Qué !... (Al cogerle el Delfín corre tras de Simón gritándole:) ¡ Detente ! (Al llegar a la puerta, que Simón habrá cerrado tras de sí, dice:) ¡ Ah !... ¡ hijo mío !... (La voz se ahoga en su garganta y queda inmóvil con las manos crispadas y los ojos extraviados y convertida en la estatua de la desesperación.)

M. REAL (Aterrorizada.) ¡ Madre !... madre !...

ISABEL ¡ Hermana ! (El telón cae rápidamente.)

FIN DEL ACTO CUARTO



EPILOGO

El 16 de octubre de 1793

Calabozo de María Antonieta en la Conserjería. A mano derecha un biombo, detrás del cual se supone la cama de María Antonieta. En el fondo, ventana enrejada. Puerta derecha que es la de entrada. Forillo, corredor iluminado. Una mesa de pino pintada y unas sillas.

ESCENA PRIMERA

ROSALÍA, sentada a la izquierda, cerca de la pared y llorando. UN OFICIAL DE GENDARMES que pasea por el foro como centinela. LEBEAU, que entra y cierra con llave. Pasea su mirada por la estancia y cuando se convence de que está solo, se enjuga los ojos. En este momento ve a Rosalía y le dice:

LEBEAU ¿Cómo está? ¿Duerme?

ROSALÍA ¡Dormir! ¡Cómo queréis que duerma la pobre! Se ha acostado porque no podía tenerse en pie, después de sufrir un interrogatorio de veinte horas. Cuando volvieron a traerla a la Conserjería, parecía un cadáver.

LEBEAU ¡Ya! ¡ya! (En voz baja y rápidamente.) Ocultad la emoción; enjugad esas lágrimas. Podrían veros: nosotros hemos de ser inflexibles, o cuando menos parecerlo.

ROSALÍA No temáis, no os comprometeré.

LEBEAU Hablad bajo.

ROSALÍA ¿Por qué no la mataron el 21 de enero, cuando mataron a su marido?

LEBEAU Bueno, bueno; dejaos de historias pasadas: su recuerdo podría sernos peligroso. A nosotros sólo nos toca ver, oir, callar y sentir por dentro.

ROSALÍA ¿Pero a quién no se le parte el corazón?

LEBEAU Sí, todo lo que queráis; pero que no lo vean los fanáticos. Silencio.

OFICIAL (Saliendo de detrás del biombo.) Rosalía: ¡María Antonieta os llama!

ROSALÍA Voy corriendo. (El oficial y Rosalía entran tras el biombo.)

LEBEAU Esa muchacha se ha empeñado en perderme con su caridad... y lo peor es que yo no puedo echárselo en cara, porque yo sé lo que me cuesta dominar mi propia emoción. (Viendo al oficial que se le acerca..) ¿Qué hay?

OFICIAL Nada, nada.

ESCENA II

LEBEAU, OFICIAL, MARÍA ANTONIETA vestida de percal blanco y ROSALÍA

(María Antonieta lleva un gran pañuelo blanco anudado por detrás, está muy pálida y con el cabello desordenado, anda con paso vacilante apoyándose en Rosalía que la hace sentar en primer término. El oficial las va siguiendo de cerca y María Antonieta, para no verle, esconde el rostro en el seno de Rosalía.)

OFICIAL Señor Lebeau, he de ausentarme un momento para recibir órdenes. Ya sabéis que vuestra cabeza depende de la suya.

LEBEAU Lo sé. (Se va el oficial; Lebeau cierra con llave.)

MARÍA A. (A Rosalía que le arregla el traje.) Deja, Rosalía; de cualquier modo que esté está sobradamente bien. (Rosalía la deja.)

LEBEAU ¿Ha dejado el traje de luto?

ROSALÍA ¿Ignoráis que el Tribunal así lo ha mandado para impedir la impresión que podría producir el vestido negro, recordando lo que se dijo del Rey?

LEBEAU Es verdad; y la visten de blanco.

ROSALÍA Como a los mártires. Parece imposible la crueldad con que se ha tratado a esta pobre señora; a su lado no ha tenido ni una sola persona que se apiadase de su suerte.

MARÍA A. No digas eso, Rosalía, que sería calumniaros a vosotros mismos y al buen capitán de Bun a quien siento no poder dar las gracias por su bondad. ¿Qué ha sido de él?

LEBEAU ¡Ah, señora! Está arrestado.

MARÍA A. Arrestado por haberme ofrecido un sorbo de agua en la sala del Tribunal. ¡Cuántas muertes! ¡Cuántas desgracias por mi causa! Esta noticia me entristece, y mucho más porque tenía que pediros un favor, señor Lebeau; y a vos también, mi buena Rosalía, y ahora no me atrevo: temo exponer vuestras vidas.

ROS. Y LEB. Decid, señora.

MARÍA A. Un gran favor... pero...

LEBEAU (Mirando alrededor.) Hablad.

MARÍA A. Ya sabéis que al encerrarme en este calabozo me quitaron cuanto me quedaba; pero pude ocultar un objeto que para mí no tiene precio.—Este medallón (Saca un medallón, después de mirar en torno con recelo.) que me dió el Rey en la horrible noche del 20 de enero. Si lo encuentran sobre mi cuerpo, no sé qué manos profanarán esta reliquia. Yo quisiera darlo a mi buena hermana y escribirle despidiéndome de ella, puesto que he partir sin verla.

LEBEAU Señora: Rosalía o yo procuraremos hacerlo.

ROSALÍA ¡Oh, sí, señora! Os lo juro. Dios me ayudará.

MARÍA A. El os bendiga a entrambos... ¿Queréis

hacerme el favor de una hoja de papel y una pluma?

LEBEAU Sí. (Va al foro, tras el biombo.)

ROSALÍA Pero, señora, es preciso que toméis algún alimento: hace veinticuatro horas que no habéis probado nada, y tenéis necesidad de sustento. En mi cocinilla tengo caldo y algunas frioleras. ¿Qué apetecéis? decid.

MARÍA A. Hija mía, ya de nada necesito... ¿No sabes que todo ha terminado?

ROSALÍA Señora... permitid que insista.

MARÍA A. Pues traedme una taza de caldo. Será el último favor que me habréis hecho.

ROSALÍA Volando. (Lebeau abre la puerta a Rosalía que se va. En seguida pone en la mesa que está al proscenio recado de escribir; pero cuidando que detrás esté el biombo.)

LEBEAU Poneos aquí, señora, que será más difícil que os vean.

MARÍA A. (Dirigiéndose lentamente a la mesa.) Gracias, gracias. ¡Oh! creedme, no siento morir. Hace ya mucho tiempo que habría muerto si no me hubiese sostenido el amor de mis hijos: hoy que he oído que hasta el Delfín me acusa, gracias sin duda a los torpes ardides del infame Simón ¿qué queréis que me sostenga? La muerte misma será un consuelo para mí.

LEBEAU ¡Oh! no digáis eso, señora. Yo no puedo consentir que viváis ni un momento con esta idea, y aun cuando arriesgo la cabeza, quiero que sepáis la verdad. Los agentes de Danton le presentaron ese papel al Delfín, diciéndole que era una petición para que le permitiesen volver a vuestro lado.

MARÍA A. ¡Ah! ¡Pobre hijo mío! ¡no han logrado que olvide a su infeliz madre! ¡Gracias, amigo mío, gracias! (Desfallece de debilidad y Lebeau va a sostenerla. María Antonieta se apoya en su mano y se la besa.)

LEBEAU — Señora... por piedad... calmaos. (Llaman a la puerta, Lebeau abre y se presenta Rosalía con una taza de caldo.) Es Rosalía.

MARÍA A. — (¡Oh, si pudiese verle!)

ESCENA III

Dichos y ROSALÍA

ROSALÍA — Ya estoy aquí; perdonad si os he hecho esperar. (Deja la taza sobre la mesa.)

MARÍA A. — Gracias, Rosalía; me siento mejor.

ROSALÍA — Bueno; pero bebed.

MARÍA A. — (Lo intenta pero no puede.) No puedo... El tiempo vuela, dejadme escribir. (Lebeau y Rosalía se retiran tras el biombo. Toma la pluma y después de una pausa, dice:) ¡Cómo empezar! ¡Tengo que decirla tantas cosas! (Escribe repitiendo en alta voz.) «Mi buena hermana Isabel: condenada a muerte, a vos escribo por la última vez. Muero tranquila; sólo siento tener que abandonaros a vos y a mis pobres hijos. Decidles que les bendigo desde el fondo de mis entrañas. (Se seca los ojos.) Recibid este medallón y guardadlo religiosamente como un recuerdo de vuestro desventurado hermano. Adiós, mi buena y tierna hermana, acordaos siempre de mí. Os abrazo, y beso a mis adorados hijos. (Se siente desfallecer.) ¡Dios mío! ¡qué horrible es teneros que dejar a todos para siempre! Adiós: recibid mi alma y rogad por mí: adiós, adiós.» (Solloza.)

LEBEAU — (Rápidamente.) Señora, ¿habéis terminado?

MARÍA A. — (Doblando la carta.) Sí. (Lebeau y Rosalía van a mirar a la puerta y vuelven.) Tomad... aquí tenéis el medallón. (Lo besa y se lo entrega. En este momento se presenta el oficial que ha abierto repentinamente la puerta. Rosalía da un grito de sorpresa.)

ROSALÍA — ¡Ah!

ESCENA IV

Dichos y EL OFICIAL

OFICIAL (Interponiéndose entre Lebeau y María Antonieta.) Dadme ese medallón y esa carta.

MARÍA A. ¡Ah!

OFICIAL (A Labeau.) Me parece que vuestra cabeza corre igual peligro que la del capitán de Bun.

MARÍA A. ¿Qué decís?

OFICIAL Yo cumplo con entregar esos objetos al ministro de Justicia, Danton.

MARÍA A. ¡A Danton!

OFICIAL Vengo precediéndole de pocos pasos.

MARÍA A. (Aterrada.) ¡El aquí!

ESCENA V

Dichos, DANTON, comisarios, municipales, soldados que forman en el forillo, dejando abierta de par en par la puerta.

DANTON (Que ha oído las últimas palabras.) ¿Y por qué no?

OFICIAL Ciudadano ministro, os entrego este medallón y esta carta que he sorprendido en manos del carcelero Lebeau, cuando se los acababa de entregar la prisionera.

DANTON (Tomando ambos objetos.) Está bien. (Mira con severidad a Lebeau y María Antonieta.)

MARÍA A. Esa carta es mi testamento; puedo rasgarla.

DANTON No, señora. La República verá hasta qué punto puede ejecutarse, y yo, obediente a sus mandatos, vengo a notificaros que ha llegado vuestra última hora.

MARÍA A. (Sobreponiéndose a todos; pero con débil voz.) Gracias.

DANTON La Convención Nacional os permite re-

conciliaros con Dios, y a este fin traigo conmigo un sacerdote.

MARÍA A. (Con indignación.) ¡Vos! ¿Y quién me responde de ese sacerdote? ¿Sé yo acaso a qué Dios ni a qué religión sirve? No lo necesito. Ya me he confesado.

DANTON (Alarmado.) ¡Con quién, señora!

MARÍA A. Con aquel que no absolverá nunca vuestra alma de la sangre que se ha derramado, ni de la que ha de derramarse todavía.

DANTON (Dirigiéndose al foro.) Entonces, en vez del ministro de Misericordia, entre el ejecutor de la humana justicia.

ESCENA ULTIMA

Dichos y SANSÓN, con vestido rojo, cinturón con ancha daga y un cordel en las manos. María Antonieta, al verle, retrocede horrorizada.

MARÍA A. ¡Ah! (A su vista vacila y sin apoyo y demudada, va a caer; pero haciendo un esfuerzo logra sostenerse. Sansón se conmueve y dice con alterado acento:)

SANSÓN Vuestras manos.

MARÍA A. ¿Para qué?

SANSÓN (Enseñándole el cordel.) Ya lo veis.

MARÍA A. (Retrocediendo con horror.) No, no; al Rey no se las ataron.

DANTON Cumplid vuestro deber.

MARÍA A. (Mira a Danton, alza los ojos al cielo procurando retener sus lágrimas, y presentando las manos al verdugo, dice:) ¡Señor! ¡tenédmelo en cuenta! (Sansón se las ata ligeramente a la espalda y le dice al oído:)

SANSÓN Me lo ordenaron. (La Reina se arrodilla.)

ROSALÍA ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Sansón toma con su mano izquierda la cabellera de María Antonieta. Esta, aterrada, creyendo que va a matarla, exclama:)

MARÍA A. ¡Ah!

SANSÓN No temáis. (Al oído.) Perdonad. (Le corta los cabellos de un solo tijeretazo.)

MARÍA A. Sea. (Suenan tambores. Esos sones que le recuerdan el suplicio del Rey, la hacen estremecer. Las fuerzas le faltan y cayendo de una sola rodilla, exclama:) ¡ Oh ! ¡ Luis ! ¡ Mis hijos ! (Danton se le acerca y le ofrece la mano. María Antonieta no la acepta. Alza los ojos al cielo y haciendo un esfuerzo se levanta, diciendo:) ¡ Dios me sostiene ! (Empieza la marcha fúnebre que no cesa hasta que cae el telón. María Antonieta echa a andar dirigiendo una tierna mirada a Rosalía y a Lebeau y sale lenta y majestuosamente. Todos la siguen.)

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El nido ajeno
El Rey
Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento
El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S. Martín
El desdén con el desdén
Cuento inmoral
Amor de amar
La dama de las camelias
La domadora de leones
Los dos sargentos franceses
El Místico
García del Castañar
La fierecilla domada
El honor
El sí de las niñas
María Antonieta

Precio: DOS pesetas